
VERONICA S.
EN MANOS DE UN MAFIOSO IRLANDÉS
DARK MAFIA ROMANCE

En manos de un Mafioso Irlandés

Dark Mafia Romance

VERONICA S.

Imprint

Titolo del Libro: En manos de un Mafioso Irlandés: Dark Mafia Romance

Autore: Veronica S.

Data di pubblicazione: 2024

Copyright © 2024 - Veronica S.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor o del editor, excepto breves citas en una reseña o artículo.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. Los lugares y nombres públicos se utilizan a veces con fines atmosféricos. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con empresas, sociedades, acontecimientos, instituciones o lugares es pura coincidencia.

Sobre la Autora

La autora romántica Veronica S. es el travieso alter ego de una bella rebelde sureña a la que le encanta escribir historias de amor muy picantes y exageradas. Le encantan la playa, las puestas de sol y todos los hombres con los que pueda fantasear.

A los lectores de Veronica les encanta la pasión, un poco de dulzura y, por qué no, ¡un felices para siempre que nunca está de más!

No importa lo que te apetezca; todos los protagonistas que salen de su pluma son pecadores con corazón de bad boy pero harán que te enamores de ellos, página tras página.

Si te gustan las historias de amor calientes, transgresoras y salvajes, ¡has llegado al lugar adecuado!

subscribepage.com/veronicaes



Capítulos

IMPRINT
SOBRE LA AUTORA
CAP Í TULO 1
CAP Í TULO 2
CAP Í TULO 3
CAP Í TULO 4
CAP Í TULO 5
CAP Í TULO 6
CAP Í TULO 7
CAP Í TULO 8
EP Í LOGO: UN AÑO DESPU É S
AGRADECIMIENTOS

Capítulo 1

Katrina

El familiar tintineo de las noticias de la noche eclipsa el chisporroteo de las patatas fritas al caer en aceite de hace días y a un grupo de adolescentes revoltosos que salen a cenar un viernes por la noche. Los empujan a la esquina más alejada, donde creen que nadie los verá encenderse. Es lo más excitante que verá este local hasta las tres de la mañana, cuando los ciudadanos menos honrados de Chicago se pasan por allí para tomar una dosis masiva de café y nuestra famosa tarta de cereza. Ese es el único reclamo a la fama de este pequeño antro en la esquina de la calle Olvidada y Ninguna Parte, en el centro de Chicago.

Sinceramente, no presto mucha atención a quién atiendo. Me fijo en las propinas que me ayudan a cubrir el alquiler, y no me importa trabajar en el cementerio y servir a hombres con enormes abrigos de cuero lo suficientemente grandes como para cubrir un pequeño arsenal y con las suficientes malas vibraciones como para espantar a cualquiera con una constitución inferior de la puerta.

Y si Sally me necesita, allí estaré. Llevo trabajando en su cafetería un año y pico, y ella es la única que le dio una oportunidad a una chica demasiado delgada y sin hogar antes incluso de que me graduara. De hecho, si no fuera por ella, ni siquiera tendría ese trozo de papel en mi única maleta. Así que, cuando ella me necesita, aparezco y sirvo tarta y especialidad de la casa a cualquiera que esté dispuesto a cruzar esas puertas. Es tan sencillo y es lo menos que puedo hacer.

En el fondo, sé que le recuerdo a la hija que perdió a causa de la drogadicción hace unos años. Me duele el corazón por ella y, con el tiempo, hemos estrechado lazos por nuestras pérdidas. Es triste si lo piensas demasiado, así que no pierdo de vista mis problemas. Pagar el alquiler y sobrevivir lo suficiente para idear un plan de vida mejor.

Nadie nace con la intención de trabajar de camarero por debajo del salario mínimo en un cochambroso escaparate que ofrece un futuro más sombrío, pero yo trabajo con las cartas que el karma y la vida me han repartido. En los mejores días, que son pocos, para mi decepción, sueño con trabajar a media jornada y pagarme la universidad, pero la mayoría de los días la realidad me pone las cosas en su sitio, así que voy paso a paso.

Llevo cinco días haciendo turnos dobles y mis pies palpitantes y doloridos me hacen saber que he llegado al límite, pero rechazo el dolor y sigo adelante. No puedo permitirme no hacerlo. Aprieto los dientes para no sentir el dolor punzante en los talones y las pantorrillas chillonas, y dejo a un lado el hecho de que vuelvo a llevar tres días de retraso en el alquiler. Esta vez puede que no tenga una casa a la que volver, aunque consiga ganar los últimos cuatro dólares de propina que me faltan.

Puede que mi apellido sea Kane, pero es lo más cercano a la riqueza y el privilegio que jamás

tendré. Mi padre se aseguró de ello. Lo creas o no, antes de respirar por primera vez hace veinte años, el hombre que dejó embarazada a mi madre me repudió, y desde entonces he estado luchando por mi lugar en esta tierra.

Pregúntele a cualquiera y estará de acuerdo en que le ha ido mejor. Una bonita aventura de una noche con una bella acompañante, mientras que mi madre pagó el precio definitivo de la muerte intentando criar sola a una hija. Es doloroso pensar que mi madre no fue más que un juguete tan fácilmente desechado por el alto y poderoso juez del Tribunal Supremo de Illinois William Kane.

Dudo que se ganara siquiera un segundo pensamiento de él. Por razones que escapan a mi comprensión, no consideró oportuno obligarle a mantener a una hija que no quería.

Ambos cometieron errores y yo tengo que vivir con las consecuencias de sus actos.

Después de que mi madre muriera de complicaciones cardíacas poco antes de mi octavo cumpleaños, reboté de un hogar a otro hasta que tomé mi destino en mis propias manos, dejé mi último hogar de acogida a los diecisiete años y ahora vivo como criada por la noche y muy probablemente durante el día, si tengo la suerte de encontrar un segundo turno. Es más, para bendición del corazón setentón de Sally, el vestido que más uso de mi pequeña colección de ropa es de poliéster rasposo de color mostaza.

Me froto la zona del entrecejo, intentando alejar el dolor de cabeza que se avecina, pero sin mucha suerte. Dios, lo que haría por ocho horas de sueño hilado, pero ahora mismo tendría más suerte divisando un unicornio corriendo por la calle principal.

«Kat, estás despierta».

El cocinero grita mi nombre a través de la pequeña ventana del portal donde están las bandejas de reparto, y yo aparto la pared contra la que he estado apoyada los últimos minutos viendo las noticias. Recojo los platos y los entrego, dando la bienvenida a otro comensal que entra por el portal y ocupa la mesa más cercana. «¿Qué le sirvo esta noche?».

Dice algo, pero no oigo su respuesta. Mi mente está demasiado ocupada intentando comprender lo que oigo procedente del televisor.

Con la boca abierta, miro las mesas y cabinas medio vacías mientras la cara familiar del presentador de las noticias cambia a la imagen de un hombre vestido con una bata negra y un par de ojos color whisky que me resultan familiares.

Mi padre. Puede que no tenga relación con él, pero tengo internet y sé buscar en Google; por eso reconozco inmediatamente el par de ojos marrones con un único tono de ámbar que casualmente comparto con el hombre.

Pero eso no es lo que hace que se me salten las lágrimas ni que mi corazón se agite en el suelo junto a mis pies, entre las migas y las servilletas arrugadas.

Alguien sube el volumen.

"En un giro estremecedor, el juez del Tribunal Supremo William Kane ha sido encontrado muerto a tiros en su casa esta tarde. Las autoridades han descartado el suicidio y están investigando lo que creen que es un asesinato. Antes considerado intocable, el juez Kane había caído en desgracia en los últimos meses debido a las acusaciones de que había aceptado

sobornos del crimen organizado local. Quizá con su muerte la verdad salga finalmente a la luz. Le sobrevive una hija...».

Muerto.

Me recorren escalofríos.

Mi padre ha muerto.

Veo a la presentadora dar la noticia con la frialdad que requiere su trabajo, pero las palabras me golpean de todos modos. Justo cuando la pantalla del televisor cambia a un vídeo de mi padre presidiendo un juicio por asesinato contra algún pez gordo de la época en que tenía más pelo y menos peso, veo una imagen aún más impactante. Una foto mía tomada en algún momento por alguien. Estoy de pie delante de nuestra universidad local en un raro día libre a principios del otoño pasado. Había ido de compras, cruzado la ciudad y echado un vistazo a la universidad a la que quería ir cuando pudiera permitirme el tiempo libre que necesitaría. Entonces tenía el pelo más corto que ahora. Aquel día opté por un peinado trenzado y tenía el mismo aspecto que la estudiante universitaria dispuesta a enfrentarse al mundo.

No estoy del todo convencida de lo que estoy viendo, así que me levanto y me froto los ojos. «¿Qué demonios?» El dolor de cabeza que esperaba que esperara hasta que hubiera fichado rebota en mi cerebro y rebota en un lado de mi cabeza, haciendo que me lloren los ojos. ¿Por qué? No lo sé, pero no puedo contener la repentina oleada de desesperación.

Siento que los ojos del comensal se posan en mí, pero no establezco contacto visual. No puedo. Esconderme entre la masa de gente y pasar desapercibida es mi especialidad. Ahora siento que un foco me ilumina y lo único que quiero es huir y esconderme. Ahora todo el mundo sabe lo indeseable que soy en realidad.

El hielo corre por mis venas tan rápido como la melaza cuesta arriba, y mis pensamientos se confunden en una maraña de nudos mientras cada uno de ellos queda suspendido en el aire. Aprieto los dedos alrededor del bolígrafo y el bloc de notas intentando volver a centrar la mirada, pero un entumecimiento corporal total se apodera de mí hasta que ya no puedo sentir el papel entre las manos ni el dolor de perder a mi último padre, bastardo o no.

«Señorita, ¿me ha oído? La especialidad de la casa». Sus palabras son agudas, tan duras como si hubiera estado haciendo gárgaras por la noche.

Una mano áspera se aferra a la mía cuando no respondo y me sobresalto, apartando la vista del televisor para mirar fijamente a un hombre con una línea irregular que le cruza la ceja izquierda y la mejilla. Mi atención se centra en unos ojos tan oscuros que parecen negros. Puede que sea un truco del ojo debido a la mala iluminación o al cristal descolorido que bloquea la luz de las farolas del aparcamiento, pero el recién llegado tiene una mirada que me da escalofríos. Retiro la mano y hago todo lo posible por ocultar el temblor de mis dedos mientras garabateo el pedido intentando hacer lo posible por que parezca normal.

A diferencia del cliente normal de todos los días a esta hora, éste llevaba un traje negro. Pero ese no era el detalle extraño. Lo que le distinguía era el abrigo de cuero en un clima veraniego de 35 grados. Pero bueno, cada uno a lo suyo. ¿Verdad? Yo sólo estoy aquí para servir café. Juzgar a los demás me parece un poco hipócrita, y no necesito más mala suerte en mi camino.

«Uh, sí. Sí. Lo siento, lo entiendo. Um... especialidad de la casa: café y tarta de manzana. ¿Eso es todo?» Trato de no sonar apresurada, pero el escaneo de su ceja marcada me hace darme cuenta de que necesito más práctica para el acto de «me importa una mierda» que estoy tratando de hacer.

Me mira y se detiene demasiado en mi escote antes de soltar un gruñido de aprobación.

Fenómeno.

La lluvia empieza a golpear el cristal y tomo la pequeña interrupción como una señal para apartarme de lo que he estado garabateando y girarme hacia la parte de atrás, pero solo doy un par de pasos cuando las palabras finalmente se abren paso a través de la niebla de demasiadas horas de pie.

Mi padre ha muerto.

Entre un millón de cosas que debería estar haciendo ahora mismo, me quedo allí de pie como un cadáver, inmóvil, las señales entre mi cerebro y mis piernas interrumpidas en alguna parte. No sé cuánto tiempo permanezco allí, intentando respirar y no desmayarme.

«Cariño, ¿estás bien?»

Sally sale de la trastienda, me rodea los hombros con los brazos y me abraza con fuerza. Bloqueo las risas de los adolescentes del fondo y de un par de recién llegados que quieren sus menús. Alguien más puede ocuparse de ellos, para variar.

«Vamos, cariño, háblame». Sally me sacude un poco los hombros, devolviéndome a la realidad.

«Sí, supongo que sí. Quiero decir, ese hombre bien podría ser un extraño para mí». Pero dentro de mí, en una parte que casi siempre tengo apagada, siento una punzada de arrepentimiento que me revuelve el estómago. «Pensé que si podía hacer algo de mí misma, él me querría». Levanto un hombro en un encogimiento de hombros derrotado. «Pero ahora nunca tendré esa oportunidad. Nunca lo sabré». Me cuesta todo el esfuerzo que me queda no derrumbarme en medio de la cafetería de Sally.

La única amiga que tengo en este mundo me aparta a un lado, lejos de miradas indiscretas. «Basta ya. No necesitas a un hombre como él en tu vida. Respira hondo y controla tus nervios, niña».

«Tienes razón. Ya lo sé. Los cuentos de hadas están hechos para los libros. Entendido». Me seco las pocas lágrimas que se me escapan y me consuelo con la cercanía de mi amiga. Una suave sonrisa se ilumina en los labios de la mujer, mucho mayor que yo, y todas las arrugas del tiempo que intenta ocultar tras un montón de maquillaje afloran. Ese pequeño gesto de amabilidad me ayuda a salir de las telarañas del dolor.

Su cálida mirada se posa en la mía. Un padre es un padre, Kat. Bastardo o no. Esta noticia no puede ser fácil, lo sé. No intento ser duro. Pero no creo que ese hombre merezca un segundo pensamiento. Pero eres joven y tienes un corazón más blando que yo. Te diré una cosa. ¿Por qué no te vas a casa y te tomas un descanso mañana y te reagrupas, eh? ¿Qué me dices? Llamaré a un par de chicas para que te ayuden hasta que puedas volver».

Su idea suena como el premio gordo de un millón de dólares, pero igual que ganar la lotería

suena demasiado bien, la idea de Sally también. «No puedo permitirme el tiempo libre, pero gracias. Cuando termine mis turnos, tendré tiempo suficiente entre entonces y los turnos de mañana para ponerme las pilas». Tiene razón. No se merece mi dolor». Por supuesto, en beneficio de Sally, esbozo una pequeña sonrisa para demostrar que creo en mis palabras.

Sally es la única que conoce mi verdadera identidad y quién es mi padre. O al menos ella lo sabía. Ahora todo el pueblo sabe que soy la hija bastarda no deseada de un juez de mierda que no es lo suficientemente hombre como para admitir a la hija que engendró.

Dejo a un lado la nostalgia indeseada por lo que podría haber sido en una versión de cuento de hadas de mi vida y termino mi turno una hora después de la hora oficial de cierre. Los viernes suelen ser los más concurridos y esta noche no me decepcionó. Saco el móvil y envío un mensaje rápido a mi casero para avisarle de que tengo el alquiler y un bono de espera. Espero que mis cosas se queden dentro del piso en lugar de estar amontonadas fuera para que cualquiera pueda hurgar en ellas.

Salgo a trompicones de la cafetería bajo la lluvia fría y la oscuridad absoluta del horario de verano me recibe en cuanto salgo del alcance de las luces de la cafetería. Si me dolían los pies al principio del turno doble, ese dolor no se compara con el dolor hinchado y palpitante que siento ahora. Estoy tentada de llamar a un taxi para que me lleve las diez manzanas de vuelta a mi piso, pero necesito cada céntimo de la buena suma que he ganado esta noche.

Estoy tan muerta de miedo que no veo la silueta negra de un hombre que aparece a mi lado hasta que se planta delante de mí. Un grito se me atasca en la garganta y la adrenalina recorre mis venas hasta que el corazón casi se me sale del pecho.

«El jefe quiere verte». Gruñe con la misma voz cascajosa y arenosa de la mañana.

Joder.

Entrecierro los ojos en la oscuridad y capto un atisbo de su expresión, que es una mezcla entre inexpresiva y sombría; por otra parte, con esa cicatriz dentada que le cruza la frente, la mirada podría ser más una situación permanente que cualquier tipo de emoción.

Lástima que no reconociera la voz ni la cicatriz antes de que un par de manos fuertes me inmovilizaran los brazos. Un todoterreno negro con las ventanillas aún más negras se detiene a nuestro lado y me meten en la parte trasera antes de que pueda forcejear o coger el bote de spray de pimienta sin usar escondido en el bolsillo de mi uniforme.

El pánico se apodera de mí cuando el matón se desliza a mi lado y estoy a punto de plantarle el pie en la mandíbula cuando capto una advertencia en sus ojos que me detiene. La mano sobre su pistola también hace un buen trabajo.

No soy estúpido ni tengo ganas de morir. En retrospectiva, tal vez ese viaje en taxi a casa habría sido la opción más inteligente después de todo.

Hago todo lo que puedo para no mostrar lo asustada y atemorizada que me siento y para no dejarme paralizar por el miedo. Patino sobre el filo de la navaja mientras me muevo por el cuero y me coloco contra la puerta opuesta y lo más lejos posible del matón vestido de cuero. Miro por encima del hombro y veo la parte trasera del todoterreno llena de algo que parece una lona, pero en la oscuridad no consigo distinguirlo. Soplo dos y dos y, aunque mis cálculos mentales no

siempre son exactos, matones más armas es igual a cadáveres; así que creo que es una gran lona de plástico para envolverme en ella cuando acaben.

No es tan bueno. Me matarán, me envolverán y me tirarán en algún vertedero. Mi mente busca una razón para todo esto, pero me quedo en blanco.

«Entonces, eh, ese jefe tuyo... ¿te hizo... eh, te hizo esa fea cicatriz o te clavaste un machete en la cara?». Capto un movimiento del labio superior del matón en las luces de la calle mientras salimos a toda velocidad en no sé qué dirección. Estoy demasiado ocupado vigilando la mano del tipo que agarra algo dentro de su bolsillo. Por desgracia para mí, tiendo a ser un poco malhablado cuando tengo miedo, y esta vez podría meterme en más problemas de los que ya tengo. Para qué, supongo que pronto lo averiguaré.

Capítulo 2

Sylan

Dios mío, es más guapa en persona de lo que imaginaba. Llevo tanto tiempo mirando una foto de su larga melena arenosa y sus ojos almendrados que su imagen me persigue en sueños y fantaseo con lo dulce que debe de ser su voz. Nunca me he acercado lo suficiente para averiguarlo.

Hasta esta noche.

Pero nada de esto me prepara para tenerla a pocos metros de mí. Cómo alguien tan preciado salió de un pedazo de mierda como William Kane me desconcierta. No soy un hombre que cargue con remordimientos o culpa. Estoy acostumbrado a actuar y a enfrentarme a los problemas. Algunos lo llaman un defecto, pero el único remordimiento que tengo por la muerte del juez es el dolor que la noticia debe haber causado a esta dulce criatura que tengo delante.

Katrina mira nerviosa a su alrededor mientras la conducen a través de las puertas de mi despacho. Que sea el jefe de la mafia clandestina no significa que no lleve la mayoría de mis asuntos con un nivel de clase que la mayoría envidia.

Da pasos lentos y Luka la entretiene por detrás mientras mira hacia la cúpula de vidrieras y los grandes ventanales que van del suelo al techo y ofrecen una vista panorámica del horizonte de Chicago. Una hora más y el amanecer coloreará el horizonte, y me pregunto si a ella le gustará esta vista tanto como a mí.

Aprendí de las rodillas de mi padre que lo que ve el ojo tiene mucho que ver en persuadir los corazones y las mentes de los demás. Dudo que él pretendiera que esto se aplicara a mi forma de vida, pero así es.

La delincuencia organizada no consiste en matones de poca monta corriendo como una banda callejera. Dirijo un negocio que requiere un nivel de confianza que va en ambos sentidos. Puede que sea un asesino a ojos de la sociedad si mi pasado sale a la luz, pero también soy justo. Cuido de mis padres y nunca nos falta de nada. Es la forma en que mi padre enseñó a sus hijos y una lección de vida que pretendo transmitir cuando tenga mi propio hijo.

Katrina se lleva las manos a los brazos cuando Luka la deja de pie en medio de mi despacho. Sus ojos bailan sobre el sofá de cuero negro y la gran pared de libros que hay detrás. Luka se detiene en la puerta, observándola como siempre.

Enseguida me enfado porque nadie le ofrece un abrigo. Chicago en marzo puede ser una ciudad brutal y ella no tiene derecho a pasear desprotegida.

Sigo observando desde la esquina oscura, sin moverme, mientras ella frunce los labios y respira hondo. El leve movimiento atrae mi mirada hacia su delicada boca. Su rostro es dulce y acorde con su corta edad, pero el dolor en sus ojos la hace parecer rota más allá de sus años, y algo dentro de mí quiere arreglar las piezas para que vuelva a estar entera.

«Seas quien seas, por favor, no me hagas daño».

Aún no puede verme mientras habla en la inmensidad de mi despacho. Su voz hace juego con sus delicados rasgos y al principio tengo que esforzarme para oírla. Mira por encima del hombro y evalúa a mi hermano pequeño. Tiene un aspecto brutal y se eleva sobre la mayoría de nosotros como un maldito animal, pero no le hará daño.

Solo pensarlo me hace apretar los puños. ¿Lastimar a una chica tan dulce? Se me retuerce el estómago ante la idea de que alguien la toque con malicia. Los mataré antes de permitir semejante pecado, y mancharé mi alma empañada cuando dispare a cualquiera que intente ponerle las manos encima.

Saco las manos de los bolsillos al salir de las sombras y ella detecta inmediatamente mi posición. En cuanto me ve, sus ojos se fijan en los míos. A pesar de sentirme como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago, me acerco lo suficiente para tocarla, pero mantengo las manos en las caderas. Nunca me había sentido tan hipnotizado por tanta belleza en toda mi vida. Sus ojos son de un marrón tan claro que parecen de otro mundo cuando la escasa luz de la lámpara de mi escritorio capta los destellos dorados de sus iris mientras saborea su entorno.

Observo su esbelta figura y el parpadeo apenas perceptible de su barbilla. Intenta ocultarlo tras sus hombros bloqueados y su sólida columna vertebral de acero, pero yo veo miedo. Cambia su peso de un pie a otro y es entonces cuando me fijo en los tacones de aguja negros que sé que deben matar sus diminutos pies.

Incluso con ellos apenas me llega por debajo de la barbilla. Por lo que escribió Luka cuando la recogió, estaba de camino a casa. Con un uniforme amarillo que destacaba como un letrero de neón. Pensar en ella sola, sin nadie que la proteja, me devuelve a los acontecimientos previstos para la noche.

Ella inhala bajo mi aguda mirada y baja la suya al suelo, lo que me cabrea. Más aún cuando veo un atisbo de lágrimas en las comisuras de sus ojos.

«Katrina, mírame», le ordeno suavemente, presionando con un dedo bajo su barbilla hasta atraer de nuevo su atención hacia mí. Ella levanta suavemente esas gruesas pestañas y la fuerza me hace estremecerme una vez más cuando su intensa mirada conecta con la mía. Casi gimo en voz alta, porque ese único destello de su mirada hace que mi polla se hinche detrás de la cremallera de mis pantalones.

«¿Siempre vienes sola a casa a estas horas? ¿Dónde está tu novio? ¿El marido, el hermano? ¿Tu padre? ¿Hay alguien que te cuide?».

No dejo traslucir que conozco la respuesta a mis preguntas. En parte disfruto escuchando su voz, pero también quiero juzgar su reacción ante la mención de su inútil padre muerto. No porque quiera ser un imbécil, sino para saber dónde está su lealtad con el hombre. Es la única respuesta que no tengo. Podría conocer la vida infernal que ha llevado hasta este momento. La forma completamente dolorosa en que fue abandonada no sólo por su padre, sino también por su madre, después de trabajar hasta la muerte tratando de mantener a su hija. Pero lo que no sé es cómo se siente ella.

Su expresión se ensombrece. El desafío detiene la boca de Katrina y, en lugar de seguir

frotándose los brazos, los cruza sobre el pecho. El ligero movimiento empuja sus pechos hacia arriba y me regala la dulce visión de una carne cremosa asomando por la parte delantera de su uniforme. Acerca un poco la barbilla y admiro su fuerza.

En una palabra, es preciosa y no puede trabajar en Sally's, aunque me he asegurado de ello. Miro el nombre escrito sobre su pecho derecho con fingida ignorancia. «¿Sabe esta Sally que te pone en peligro al dejarte llegar a casa a oscuras y con un uniforme que bien podría ser una invitación para que cualquier hombre se lleve lo que quiera?». Hablaré de esto con mi viejo amigo.

Una furia infernal se desata tras las espesas pestañas de Katrina y me veo momentáneamente atrapado en la tormenta de fuego.

Sus cejas se fruncen. Nadie me obliga a nada. ¿Quién demonios eres tú? ¿Por qué estoy aquí? ¿Vas a llevarte lo que quieras, como dices? Tengo noticias para usted, señor. Puede intentarlo».

El fuego de sus palabras aviva uno en mí. Sus preguntas podrían ser sólo un susurro, pero no me engaña el tono bajo. Esta gatita está enfadada. Sus ojos no se apartan de los míos mientras frunce los labios, esperando mi próximo movimiento.

Me acerco y me dejo llevar por ella durante unos segundos antes de acortar la distancia que nos separa. Me llega un aroma a jazmín y miel cuando se pasa el pelo por detrás de los hombros.

«Estás a salvo conmigo. Pero si sigues así puede que no lo estés». Dejo que interprete como quiera, sorprendida por la verdad que oigo en mis propias palabras. No puedo luchar contra la necesidad de saber lo blanda que es. Antes de cambiar de opinión, acerco un dedo a su mejilla y rozo algunos mechones rebeldes de su larga melena oscura. Todo en ella es tan suave como el pétalo de una rosa y se enfría bajo mis ligeros toques.

Al no obtener una respuesta más profunda, continúa, la ferocidad de su tono desapareciendo poco a poco. Sí, no sé por qué estoy aquí, pero creo que te has equivocado de chica. Sólo soy una don nadie que sirve café. Si buscas una camarera, puede que esté disponible, pero el secuestro no es la mejor táctica para una entrevista. Solo lo digo. Y no deberías conducir con una lona en la parte trasera de tu coche. Da el mensaje equivocado. Quiero decir, no quieres que la gente sepa de antemano que vas a secuestrarlos. ¿Verdad?».

Contengo una sonrisa ante su parloteo nervioso y me pregunto si sabe quién es o cuánto peligro corre por el simple hecho de compartir el apellido de su padre. Otra razón por la que no siento nada por ese inútil. Ni siquiera era lo suficientemente hombre como para mantener a una flor tan delicada.

Joder, si es que no quiero enterrar la verdadera razón por la que la saqué de la calle, envolverla en mis brazos y borrar a besos el miedo grabado en las arrugas de preocupación de su frente.

El hecho de que le daría un susto de muerte me obliga a contenerme. Pero por poco. En lugar de eso, por ahora me conformo con lo segundo. Me quito la chaqueta del traje y la envuelvo alrededor de sus hombros temblorosos, reconfortado por el hecho de que mi calor corporal ahora la calienta.

No me doy cuenta de nada cuando veo que sus hombros se relajan un poco o cuando esconde las manos en la tela oscura e inhala mi aroma.

Esa sola acción hace que mi ya dura polla se contraiga.

«**Mo chroí**», susurro antes de poder evitarlo. Mi corazón. Recuerdo a mi familia cuando era muy pequeño y lo que mi padre irlandés le susurraba a mi madre en la antigua lengua antes de salir por la puerta cada mañana para mantener a su familia. Al crecer, éramos pobres y la mayor parte del tiempo prescindíamos de todo. Después de ver morir a mi padre, maltratado, sobrecargado de trabajo y aún pobre, juré trabajar por una vida mejor. Mis hermanos me siguieron y ahora estamos en lo alto de la cadena alimentaria del hampa. Una vida de guante blanco con una infraestructura criminal. El crimen paga. Nunca pienses que no.

Nada de esto quiere decir que no aprecie las lecciones que mi padre nos enseñó a mí y a mis hermanos. Mi padre sabía que el amor y la familia estaban por encima de todo y ninguna cantidad de tiempo o dinero cambiará eso.

El legado que inculcó a sus hijos desde la más tierna infancia continuará incluso después de que yo deje este mundo a través de mis hijos. Estoy seguro de que nunca quiso que sus hijos crecieran y se desviaran del camino recto que él quería que siguiéramos. No somos santos, pero tampoco somos malos y vivimos según unas reglas. El tráfico de seres humanos, las drogas y la prostitución están prohibidos. Muchos piensan que son los únicos ámbitos en los que uno puede ganarse bien la vida, pero se equivocan y tienen una imaginación limitada.

Aquí es donde entra en juego su padre. Al hombre le encantaba apostar y no le importaba mucho quién estaba endeudado o quién se endeudaba. Cualquier cosa estaba sobre la mesa. Como ya he dicho. No soy ningún santo y tener a un juez poderoso en el bolsillo es un activo tan valioso como el dinero en el banco. Hasta que a mi rival se le ocurrió ponerle una bala entre ceja y ceja cuando no pagó, en forma de juicio nulo para uno de sus secuaces callejeros. Donovan nunca aprenderá y al final su ego será su perdición, y tengo la intención de ser el hombre detrás de la bala que lo envíe al más allá, sea lo que sea.

No es de extrañar que el juez estuviera en deuda con más de una persona. Un hombre como él tiene sed de poder y busca obtener lo que no puede tener. Sólo que esta vez se ganó una bala y una tumba, dejando a su hija vulnerable en el proceso. Qué bastardo codicioso y egocéntrico.

Pero no importa. Siempre salgo adelante y cumplo con mi deber. Conozco la existencia de Katrina desde el día en que su padre entró en mi despacho y tengo la intención de cobrar lo que se me debe. A decir verdad, el millón de dólares que me debe su padre no es nada comparado con el tesoro que ella me ha dado.

Alargo la mano y le ciño la chaqueta por los hombros y me consuelo cuando el miedo de sus ojos se desvanece y se inclina hacia mí.

En ese instante, todo se vuelve claro como el cristal. Es mi reina y significa para mí más que el aire que llena mis pulmones. ¿Cómo es posible? Soy un puto criminal en cualquier definición de la palabra y aquí estoy, dispuesto a recitar malditos versos de Shakespeare para una mujer a la que sólo conozco de nombre y en fotografías desde hace un año.

Me hierven las tripas de asco. Se merece algo mejor que un hombre como yo, pero soy un cabrón y no puedo evitarlo. Ella aún no lo sabe, pero es mía.

El mundo es un lugar mejor sin un hombre como Kane en una posición de poder, pero no puedo

contarle esa información a su única hija. No soy de los que hablan, pero conmigo ella sabe lo que le espera. Kane era escoria y utilizaba la vida de la gente como moneda de cambio para obtener favores de personas con las que no tenía por qué relacionarse.

Gente como yo. El jefe.

Por fuera, tengo una familia perfecta de hermanos y amigos. La percepción es lo que se quiere ver, y no hago nada para convencer a la gente de que piense lo contrario. Ven los trajes de mil dólares, los áticos multimillonarios y la oficina ostentosa. Su único pensamiento es el dinero. La mayoría nunca se para a pensar en cómo han llegado hasta ahí.

Lo que hago para mantener esta riqueza y proteger a mi gente es asunto mío y sólo mío. No estoy obligado a divulgar cómo se materializa mi dinero y no tengo por costumbre compartirlo. Pero con ella tengo un deseo incontrolable de compartirlo todo.

Sus labios se separan y sus ojos buscan los míos. «¿Quién es usted?»

Domino los bajos fondos de Chicago con puño de hierro, y he dedicado tiempo y energía a construir la reputación que rodea mis dominios hilo a hilo. Un hombre no llega a mi nivel sin poner unos cuantos cadáveres bajo tierra. No lo negaré, pero cada matón que ha recibido una bala de mi pistola se lo ha ganado.

«Mi nombre es Sylan Ward. Estás a salvo entre estos muros por ahora». Repito.

«Sylan», repite, y anhelo destrozar su boca con la forma en que suena mi nombre en sus dulces labios.

Cuando alguien dice mi nombre, suele hacerlo en un susurro reverente, mirando por encima del hombro. No acepto las gilipolleces de nadie y ellos lo saben. Me da igual quién seas. Pero Katrina es diferente.

Lleva el pelo largo y oscuro suelto, le cuelga flojo por la espalda y sobre un hombro. Las puntas le rozan la cintura y siento un deseo irrefrenable de tocarla.

Me meto la mano en el bolsillo y evalúo la situación un momento más, sopesando mis opciones ahora que la tengo delante.

Una hora después de la noticia de la muerte del juez, un reloj se ha colocado sobre la Sra. Kane y rápidamente ha puesto el cronómetro a cero. Lo peor es que ella no es consciente del peligro que corre, porque si yo sé de su existencia, mi rival también.

«¿Dónde está su familia, Sra. Kane?»

Ella suelta un pequeño suspiro. «¿Familia?» Su cabeza cae hacia atrás con un aullido de risa. «¿Quieres decir a quién más puedes recoger de la calle a esta hora horrenda de la mañana y utilizar tus tácticas de miedo? Sí, no es improbable. ¿Por qué iba a poner a nadie más en esta situación?».

Admiro tu valor para defender a los demás. Es una característica que no veo a menudo. Normalmente, aplico un poco de fuerza, me apoyo en las debilidades de alguien y me revelará todo lo que quiero saber. Una vez un hombre renegó de su propio hijo. Fue repugnante y por eso tengo poca fe en la humanidad.

Parece exasperada por esta noche, pero sé que es una máscara para el miedo subyacente. Pero nunca admitiría esto último. Tiene demasiado orgullo para hacerlo.

Su incomodidad es evidente en la forma en que juguetea con las mangas largas de mi chaqueta. Es difícil apartar la mirada de este ligero movimiento cuando debería estar concentrado en obtener de ella la información que necesito. Sólo puedo pensar en lo suaves que serían sus manos sobre mi cuerpo.

Miro deliberadamente el reloj, como para demostrar que estoy perdiendo la paciencia.

«Así que supongo que es verdad».

Levanto una ceja incrédula ante su pregunta a medias. «¿Qué es verdad, **mo chroí**?».

«¿Por qué sigues llamándome así?».

Quiero decirle que me robó el corazón incluso antes de conocerla, pero me contengo y espero un momento mejor. Si le digo la verdad ahora, probablemente pensará que he perdido el sentido común. En realidad, puede que tenga razón. ¿Qué persona en su sano juicio se enamora de alguien a quien no conoce?

Levanta una mano en señal de frustración cuando yo sólo respondo con una sonrisa.

¿Sabes qué? No importa. No hace falta que hablemos de eso. Me refiero a lo que dijeron de mi padre en las noticias».

Esta es la parte que quiero pasar por alto. Decirle a Katrina que su padre es un pedazo de mierda que se ganó una bala en la cabeza no es lo que quiero hacer esta noche.

«Vas a tener que hablar de ello. No voy a ofrecer más información de la necesaria.

'Acerca de que es un juez corrupto. Quiero decir que estoy aquí, así que eso debería ser toda la prueba que necesito. No estoy completamente en la oscuridad. Sé que no eres una amiga preocupada y asustada por una hija que acaba de perder a su papá. Supongo que sólo necesito oír las palabras». Está claro que no quería decir todo eso y se tapa la boca con una mano.

Evito soltar una carcajada e inclino la cabeza. «No creo que ninguno de nosotros piense en ti como una niña pequeña que necesita a su papá. La mayoría de las chicas de tu edad van a la universidad y gastan el dinero de sus padres. Pero usted no, ¿verdad, señora Kane? Usted es inteligente y un poco más sabia que la veinteañera media y no necesita a nadie.

Mis palabras golpean su sensibilidad y el dolor que causan se refleja en mí. Un ojo inexperto diría que está enfadada. Probablemente sea cierto, pero por experiencia personal sé que la dulce mujer que tengo delante sufre la necesidad de cerrar el círculo. No sabe que está buscando una razón para cortar lazos con un padre que le hace más daño del que puede imaginar. Me complace entregarle las tijeras.

La mujer niega con la cabeza. Si usted lo dice, señor.

Le aprieto la barbilla entre el pulgar y el dedo y atraigo su mirada hacia la mía. «Sylan. Déjame oírte decirlo, Katrina».

Ella se para en mi chaqueta y me mira fijamente durante varios segundos antes de hacer lo que le ordeno.

«Sylan. ¿Es un nombre irlandés?».

A pesar de la pesadez de la madrugada, le sonrío y siento la misma reacción.

Reflexiono sobre cuánto debo decir y me conformo con unos pocos datos que sé que no aportarán nada que ella pueda utilizar contra mí. «Tu padre tiene deudas de juego con algunas personas que conozco y me ha sacado dinero a mí y a rivales del sector a cambio de sentencias menores. Algunas de las cuales no han sido respetadas».

«No veo en qué me implica eso».

Retiro la mano de su barbilla y le hago un gesto para que se siente. Por lo general, las malas noticias se toman mejor sentado, y lo que estoy a punto de decirle no será ligero.

La puerta de mi despacho se abre y uno de mis hombres se inclina para confiarle algo a mi hermano. Él y yo nos miramos a los ojos e inmediatamente me doy cuenta de que tenemos un problema. Me preguntaba cuándo haría acto de presencia mi rival. Luka cruza el despacho y se acerca, confirmando mis pensamientos.

No quiero que esta conversación con Katrina llegue demasiado lejos; así que la corto y Luka se retira a su posición frente a la puerta. Ya está bastante asustada sabiendo que tiene la atención de un jefe del crimen.

«Ya que eres la única otra familia que tiene el juez Kane...».

«Sí, lo soy. Buscado o no». Me interrumpe mientras se desliza en el asiento frente al mío, y puedo ver el cansancio que pesa sobre su delicada complexión. Tengo que decir esas palabras. Lo único es que quiero decir mucho más.

«Entonces su deuda recae sobre ti y cobraré mi pago en su totalidad».

Capítulo 3

Katrina

En cuanto le vi salir de la oscuridad, mis rodillas se volvieron de goma y se volvieron inestables. El mafioso más poderoso y despiadado de Chicago me secuestró y no necesito oírselo decir para saber que pertenezco a este hombre.

Y Dios, qué hombre. Guapísimo, con ojos negros y pelo oscuro. Una mandíbula lisa y limpia tallada en piedra y músculos ondulantes a los que mi cuerpo reacciona con sólo estar en la misma habitación.

Un repentino escalofrío me asalta y él cree que se debe al frío aire primaveral. Pero no es así. Lucho por controlar la reacción de mi cuerpo ante su proximidad. Un hombre como él provoca miedo en los demás, pero en mí logro sentirme protegida, al fin y al cabo.

Me contengo de golpearme la frente para salir del mundo de fantasía en el que me he metido, porque... vamos. ¿Quién en su sano juicio se siente seguro con un jefe como él?

Al parecer, la respuesta a esa pregunta soy yo.

Sentir algo por un hombre tan guapo como él debería ser natural, creo. ¿No lo es? La vida nunca es tan blanca y negra, y ciertamente no es fácil, lo sé. O al menos eso creía. Ya no estoy segura, porque en pocas palabras Sylan Ward es la definición de lo que una chica como yo debería huir, y a pesar de las historias despiadadas y las más de las veces brutales que alimentan la reputación que le precede, me encuentro cada vez más cerca de su presencia. Pero creo que la elección del hombre del que una se enamora o por el que se siente atraída no siempre está bajo nuestro control.

Mi corazón late con fuerza y no puedo recuperar el aliento.

¿«Pago»? ¿En metálico? ¿De mi parte?» tartamudeo, poniéndome en pie. «Tienes que estar de coña. ¿A cuánta gente le debes? ¿Les debo a todos y cada uno de ustedes? Dios, dime que todos trabajan para ti y puedes decirles que estoy muerto. ¿Vas a matarme? Probablemente no debería preguntar...'.

Antes de que pueda sacarme el resto de mis pensamientos de la cabeza, sus labios están sobre los míos y me está besando. Es tierno, suave y absolutamente emocionante. Sigo su ejemplo y me apoyo en su cuerpo duro y cálido. Sabe a una combinación impía de pecado y whisky. Con un movimiento de la lengua, abre los labios y yo gimo, rodeándole el cuello con los brazos.

Sé que he perdido una parte de mi alma en ese momento, porque me siento conectada a él de una forma que nunca antes había sentido con nadie. Especialmente con un hombre de su calibre.

El calor de su cuerpo amolda el mío al suyo y siento cómo su polla se endurece entre nosotros. Mi pecho sube y baja con cada respiración, rozándole los pezones. Enhebro mis dedos entre los finos hilos de la camisa de Sylan y me arqueo en sus brazos, obligándole a profundizar nuestro beso. No me decepciona. Bajo mis caricias, respira tan fuerte como yo y me reconforta saber que

no soy la única que siente esta extraña marea de emociones y deseos a la vez.

Scarface (Luka, el hermano de Sylan) carraspea junto a la puerta y no me pierdo la leve risita. Me separo y miro los ojos oscuros de Sylan.

Carraspeo y agacho la cabeza. «Esto no debería haber pasado, Sy. Definitivamente deberíamos olvidar que sucedió. Sí. Es lo mejor». Presiono con la punta de los dedos los labios hinchados por el beso e intento no sonreír. «Vaya, tus labios son tan suaves». Creo que dije esa última parte en mi cabeza, pero la risa de Sylan me dice que lo dije lo suficientemente alto y claro para que todos lo oyeran.

«¿Sy?» Se aparta y me mira fijamente. «Nadie me ha llamado nunca otra cosa que no sea mi nombre de pila».

«¿Ah? ¿Por qué? Parece algo natural. Como todos mis amigos, bueno, la gente con la que trabajo, me llama Kat. ¿Qué, has amenazado con pegar a alguien si te ponía un apodo?».

Sé que esta pequeña indirecta le molestará.

Pero no este tipo de reacción.

Se inclina y me da un ligero beso justo debajo de la oreja. ¿Conoces el lugar que derrite inmediatamente el corazón y el alma de una mujer en un charco pegajoso en el suelo?

Ten piedad», ronroneo suavemente. Sí, este hombre conoce mi debilidad y no estoy del todo segura de que me importe lo suficiente como para no parecer afectada por la sensación de sus labios sobre mí.

«Tú, mi hermosa Kat, hablas demasiado».

Dejo escapar un maravilloso suspiro y gimo: «Sí, lo sé». Pero mi respiración me traiciona y me paralizo. Le suelto la camisa y entierro las manos en su espeso y suave pelo para estrecharlo contra mí.

«Me gusta», me dice en un susurro profundo y ronco, y vuelve a besarme en mi punto débil antes de separarse. Llevo menos de quince minutos en su despacho y ya sabe cómo tratar mi cuerpo. Joder, tengo que resistirme mejor.

No quiero que te hagas una idea equivocada, Katrina. Ese beso volverá a ocurrir y me aseguraré de que así sea. A menudo, mo chroí». Hace una pausa, su expresión tan clara como una valla publicitaria demuestra que habla en serio.

Sigo atascada en este punto cuando continúa. «Y no. No estoy bromeando lo más mínimo sobre el beso o el dinero que debe tu padre. Creo que eso es algo que aprenderás de mí muy pronto, Katrina. Hablo muy en serio cuando se trata de dinero».

Una gran parte de mí está triste por haber desviado el foco de atención hacia los problemas de mi padre. «¿No lo son todos? ¿Cuánto te debe?»

«No todo el mundo se toma en serio sus deudas. Si lo hicieran, tú no estarías aquí». Contrarresta mi comentario y me mira fijamente, con dureza e intención, antes de alargar la mano y acariciarme la mejilla con el dorso de los dedos. Me doy cuenta de que es algo que le gusta mucho.

«Touché. Entonces, ¿cuánto?». Acepto a regañadientes y vuelvo a preguntar. Tengo la voz ronca por la conmoción de toda la noche.

«Un millón de dólares».

Pum. El corazón se me vuelve a caer al suelo.

Es como si hubiera detonado una bomba atómica sobre mi cabeza. Las réplicas hacen que mi corazón se convierta en un balbuceo de contracciones caóticas.

Hago un pequeño ruido de ahogo mientras intento tragarme mi risa histérica, pero no puedo y casi me caigo de mis tacones de aguja de la risa.

Es eso o caerme de un repentino colapso cardíaco.

«Un. Millón. De. Dólares».

Esta vez sé que no debo preguntarle si está bromeando. Está serio y me mira como si valiera cada céntimo. No sé cómo interpretarlo, así que me llevo la mano a la frente. «Creo que voy a vomitar». Me apoyo en el escritorio que tengo delante para apoyarme e intento cuadrar mi cerebro con aquella figura demente.

«También podría haber dicho mil millones. No hay forma de devolver eso en una vida».

Sylan me da unas palmaditas en la espalda, me coge una mano y me pasa el pulgar por los nudillos. La distracción me ayuda y salgo del shock antes de que se manifieste por completo.

«¿Qué clase de delincuente eres? Dile a Scarface que haga de mi cadáver una alfombra y me arroje con los peces».

Su risita es grave y larga y no sé si es una advertencia o auténtica diversión. No me arriesgo. Me alejo de su alcance y me quito la chaqueta, que huele divinamente, lamentando la pérdida de calor en cuanto el aire fresco de la habitación golpea mis brazos al descubierto. No puedo parecer débil y frágil en un momento así, y me arrepiento inmediatamente del beso que nos dimos. Tiro la chaqueta al respaldo de la silla más cercana y atravieso el parqué hasta llegar frente a su escritorio.

Scarface habla desde donde se apoya en la pared como un golem tallado en piedra a la espera del próximo secuestro o lo que sea que esta gente haga por diversión cuando alguien les hace daño. Estoy bastante seguro de que soy la excepción a la regla y no tengo ninguna falsa idea de lo contrario.

Con poca luz puedo ver que ha perdido su abrigo de cuero. Tenía un pequeño arsenal debajo de esa cosa. Al menos no he perdido toda mi capacidad de leer a la gente. Pero al parecer tengo un punto ciego cuando se trata de Sy.

Sylan, corrijo mentalmente mi error, tratando de alejarme del fuego que despierta en mí y de la forma en que mi cuerpo sigue reaccionando a su proximidad. Bajo la mirada y quiero gemir de vergüenza. Los pezones de mis pechos están en alerta máxima esperando toda la promesa que ese maldito beso ha despertado en mí.

Mi mirada no se ha apartado de Scarface. Veo dos pistolas enfundadas bajo cada brazo y una tercera sujeta a su cadera, como preparada para una invasión. Hace un gesto con la barbilla al

hombre que está a mi lado. »

Entrecierro los ojos y le devuelvo la mirada.

Basta», advierte Sylan, levantando una mano para pedir silencio. Su voz pecaminosamente grave vibra sobre mi cuerpo y recorre mi libido como una corriente eléctrica. Ni siquiera me está tocando y no hay nada que pueda hacer para evitar que las paredes de mi coño se tensen y que el líquido caliente que sale moje la tira de mi ropa interior, así que lo ignoro lo mejor que puedo.

Reanudo la marcha justo donde la dejé. «Esto es una completa gilipollez. Como si no tuviera ya suficientes problemas». Hago una pausa y miro a Sylan. «Ese no es mi problema. Me dejó antes de que tuviera la oportunidad de aprender a decir papá. Pagar una deuda así... no, gracias. Me gustaría irme a casa ahora». Merece la pena intentarlo, así que lo miro con inquietud durante un largo instante y me doy cuenta de que sus escudos se activan. Cierto, no podía verlos. No como una pared de cristal facetado sobre la que pudiera estirar un dedo. No, el ligero cambio es imperceptible, como el cambio de temperatura que me hace estremecer.

¿Estaba enfadado conmigo?

'¿Necesitas llamar a alguien papá, **mo chroí**? Es la segunda vez que lo dices, así que me lo pregunto». Me pasa la mano por el brazo, dejando la piel de gallina a la estela de su cálido tacto.

Madre mía. Es como si me acariciara lo más íntimo, pero aparto el repentino impulso de caer en sus brazos y aprieto los labios. «No lo sé. ¿Te ofreces para el puesto?».

Vale, eso no era lo que había planeado decir. Quería decir que no y dejarlo así. Pero parece que mi cerebro se ha ido a fumar y a tomar un café. Ninguna de las dos cosas me gustan. En cualquier caso, la conversación pasó de «Hola, ¿cómo estás?» a «Te dejaré tener sexo conmigo cuando quieras y donde quieras».

Su preciosa cara se ensombrece y el gruñido que oigo podría ser nuestra llamada de apareamiento, porque me recorre un sofoco y me acerco a él antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo.

El mafioso parece aturdido durante un segundo antes de inclinarse y el instinto me lleva a poner las manos sobre su pecho tenso, y noto la dureza de sus pezones bajo mis palmas. Que Dios me ayude, quiero arrancarle la camisa y pasarle la lengua por encima. Repetidamente.

Ten cuidado con lo que pides, Katrina.

Ten piedad. Mi nombre en sus labios, en ese tono profundo y ronco, me hace estremecerme. Sabía que su ligero habla irlandesa mezclada con la moderna americana irrumpiría en momentos sexys.

Dejo que el delicioso sonido se asiente sobre mí como una manta cálida. Me pregunto cómo sería en la cama, mientras me susurra sucias promesas al oído y me dice que me trague hasta la última gota de su semen mientras bombea su dura longitud por mis labios.

No soy virgen, pero tampoco tengo mucha experiencia. En su cama, sé que podría enseñarme todas las formas en que le gusta que le satisfagan y cosas sobre mi cuerpo que probablemente desconozco.

Trago saliva al pensarlo. Joder. ¿Cómo no voy a reaccionar?

«Lo siento. Ha sido una noche muy larga». Me encojo de hombros como si no fuera para tanto. Sinceramente, nunca he tenido la necesidad de llamar a alguien papá, pero ahora puede que sí. Esta vez consigo mantener el pensamiento oculto y la boca cerrada.

«Te prometo que hablaremos de ello más tarde, **mo chroi**».

Intento preguntarle qué quiere decir, pero mis palabras tropiezan con mis pensamientos y provocan un loco y conflictivo atasco de emociones, deseos y el buen sentido común que me enseñaron las calles de Chicago. Mi cuerpo, en cambio, no tiene problemas para expresar lo que quiere.

El calor infunde en mi piel un instantáneo rubor rosado, y puedo sentir el momento en que mis mejillas se enrojecen.

Como todo lo demás en mí, él lo nota, y en el instante en que su mirada se posa en mis pechos, mis pezones hacen doble trabajo, golpeando contra el poliéster barato y duro. Saca un pañuelo blanco de la chaqueta que había tirado hace un momento y me lo pone en la mano.

«Eres demasiado guapa para llorar».

Estaba tan enfadada, confusa, extrañamente excitada y completamente cabreada que no me di cuenta de que estaba llorando.

El vapor de mi rabia y mi rencor se evapora de golpe y me inclino hacia su cálido tacto, que me reconforta. ¿Qué demonios me pasaba?

Hay algo más, ¿verdad? Sus palabras son cortantes y veo una expresión dura en su rostro. Está oculta bajo la amable paciencia que me muestra, pero oculta algo más. ¿Qué es lo que no me cuenta? ¿Qué le ha dicho ese hombre a Scarface de ahí que te ha molestado? Y no intentes mentir. Sé cuando oigo una caer de los labios de la gente. Eso es lo que me ha permitido ir un paso por delante de tontos como mi casero y de matones callejeros que creen que voy a pagar por su protección yendo y viniendo de mi piso.»

«Ya no tienes que preocuparte por tratar con esa gente, y ya te he dicho que tu padre me debe más dinero que otra cosa, ¿verdad?».

Asiento con la cabeza. «No hay amor perdido entre mi padre y yo, así que no tienes que endulzármelo».

Me estudia durante un minuto y veo que el lado duro que mencioné se suaviza un poco.

«Dime, Katrina, ¿cuánto crees que vales?».

Capítulo 4

Katrina

Me hace sentar frente a él y ocupa la otra silla. La velada no puede ser más surrealista, así que dejo que el mafioso me guíe hasta la silla como un caballeroso caballero. No tengo ninguna duda de cómo mi hospitalario mafioso de labios suaves puede convertirse en un asesino, chasquear los dedos y quitarme la vida. Pero no me siento en peligro, y hasta ahora mis instintos me han mantenido con vida todo este tiempo; así que aún no me lo cuestiono. Sólo mi cordura.

«No mucho, sinceramente», respondo. Quiero decir, dame unos años. ¿Acepta tarjeta de crédito? ¿Un plan de pago a plazos?» Intento restarle importancia por mi propio bien, porque la línea sombría de su boca y la dureza de su expresión me asustan.

Scarface se levanta de la pared cuando Sylan le hace un gesto con la barbilla. 'Tu vida no es ninguna broma para mí. No dejaré que te pase nada, pero debes tomártelo en serio. Mis rivales quieren lo que tengo y harán lo que sea para conseguirlo. Eso incluye intentar matarme y, sin duda, intentar matarte a ti. Para empeorar las cosas, tu viejo te hizo el favor de quedar en deuda con los dos mafiosos enfrentados más poderosos de la ciudad y luego se hizo matar. Pero no te fíes de mi palabra. Dejaré que Luka te lo cuente».

Es bueno tener un nombre que vaya con la cara. Llamarle Scarface se estaba volviendo aburrido, y sólo lo hacía para molestar al hombre. «Luka». Le dedico una débil sonrisa porque aún no le he perdonado que me secuestrara de aquella manera.

«Señora Kane. Le pido disculpas si la he asustado esta noche. Lo hice por su protección y a petición de mi hermano».

Hermanos. Debería haber visto el parecido en los ojos y el pico de la viuda. No dice nada más durante un largo momento, de pie, imponiéndose sobre mí.

«¿Tal vez puedas ofrecer más sobre lo que está pasando? Elaborar un poco. Francamente, no entiendo por qué no me has matado todavía. ¿No es ese el modus operandi habitual de la mafia? No es que esté promoviendo mi desaparición». Vuelvo a pasarme las manos por los brazos y siento un escalofrío ante mis estúpidas palabras. Odio no saber rellenar un calcetín, pero hablar a menudo y rápido siempre me ha ayudado a calmar los nervios. Un truco que aprendí para llenar el abundante silencio de mi vida. Demasiado silencio puede volver loca a una chica, así que he aprendido a llenarlo hasta que puedo ordenar mis pensamientos. Esta noche sigo noqueada y cada vez me cansa más.

Sylan suspira a mi lado y coge su chaqueta para envolverme de nuevo con ella los brazos. Definitivamente ves demasiada televisión. Los muertos, o las mujeres en este caso, no pueden pagar sus deudas. Así que no tengo ningún interés en **acabar** contigo, como tú dices, Katrina. Ni ahora ni nunca». Hay un ligero humor en su tono.

Maldita sea. ¿Cómo puede alguien enfadarse por eso?

«Vale, me has convencido y me alegro de que estemos de acuerdo».

Luka toma la palabra. «Eres una mercancía popular esta noche y tu vida está en peligro porque los enemigos de Sylan, nuestros enemigos, quieren el pago por lo que tu padre no pudo cumplir. Nuestro mayor rival no es tan simpático como Sylan, y saben que te tenemos».

Esa última parte tiene cierto peso, y puedo notar que Luka está sorprendido por las acciones de su hermano hacia mí.

«No puedo pagarte lo que mi padre te debe. Seré honesta y directa. Soy camarera, por el amor de Dios, lucho por pagar el alquiler con sólo el bachillerato y sólo puedo soñar con algo más grande. De hecho, estoy bastante segura de que mi casero ya ha empaquetado todas mis cosas y las ha puesto fuera de mi piso, ya que no he pagado el alquiler después de que me asaltaras».

Sylan está tan cerca que podría estirar una mano para borrarle la sonrisa de la cara, pero la mirada compasiva de sus ojos me hace mantener las manos a los lados. «Me temo que un hombre como nuestro rival sólo acepta el pago en carne y hueso. No necesita un título para eso. De un modo u otro, querrá una parte de ti y debemos estar preparados».

Mis cejas se fruncen en una nueva oleada de preocupación. «¿Carne como asesinato?»

Ambos hombres me miran fijamente y, bajo ese intenso peso, siento el repentino impulso de huir del demonio al que me educaron para temer como buena niña católica que mi madre quería que fuera.

¿Pero hago caso? No. Demasiado tarde para hacerlo. En lugar de eso, me derrito en el suave tacto de Sylan cuando me rodea con su brazo. Me reconforta el aroma limpio y masculino de su colonia. Si la riqueza tuviera un aroma, diría que es el perfume de Sylan Ward. Tan opulento como peligroso. Oscuro pero poderoso.

Es como el hombre que lo lleva. Dominante, prohibitivo y completamente devorador para la mente. Ambos trabajan en tándem para destruir mi sentido común.

Más bien prostitución o venta al mejor postor, si aún estás intacto».

A pesar de la cantidad de improbabilidades que me han sucedido en tan poco tiempo -que mataran a mi padre y me secuestraran a mí-, me cuesta aceptar la idea de que soy yo quien paga la deuda de un hombre que se negó a reconocer mi existencia. La ironía de toda la situación es una gran píldora imposible de empujar más allá de mi corazón, que aún está sólidamente alojado en mi garganta después de las noticias de la tarde de ayer.

Luka no dice nada más y lo veo desvanecerse vagamente en las sombras, dejándome a solas con Sylan.

Me separo de sus brazos. «Todo esto es demasiado». Respiro hondo y suelto el aire lentamente. «Necesito irme a casa ya».

Me vuelvo hacia él y veo su mandíbula cincelada apretada y un fuego en sus ojos tan intenso que puedo sentir la quemadura allí donde su mirada me toca.

«No soy una chica de ojos estrellados que cree en el amor de cuento de hadas a primera vista o

que ha encontrado oro al final del arco iris aquí, Sylan. He oído lo que has dicho y quiero volver a casa. Por favor, Sylan. Tienes mi palabra de que no iré a la policía, pero esto tiene que parar. Estoy tan cansada». Mis sentimientos me acechan y soy incapaz de escucharlos, y mucho menos de seguir el impulso que me ha hecho mojar las bragas por estar tan cerca del hombre al que no tengo motivos para desear.

«Y luego qué harías cuando mi rival llame a tu puerta. No te equivoques, **mo chroí**, no será tan simpático como yo».

«Lo que nos lleva a la pregunta: ¿por qué eres tan amable?»

¿Y por qué quiero que me beses otra vez?

Desestima mi pregunta, insistiendo en que responda a la suya. «Responde a mi pregunta. ¿Qué vas a hacer cuando haga que sus hombres irrumpan en tu puerta, te saquen de la cama con una pistola en la cabeza y luego te den dos opciones: recibir un balazo o irte con él en silencio?».

«Es usted un frío bastardo, ¿lo sabía, Sr. Ward? Sin corazón, como le pintan todos los periódicos». Le lanzo las palabras ofensivas, con la esperanza de compartir algo del dolor que se agolpa en mi corazón.

Permanecemos en silencio mientras el sol asoma por el horizonte más allá de los grandes ventanales de su despacho. Pero no siento la esperanza que debería traer un nuevo día. De hecho, siento exactamente lo contrario. Roto, traicionado y devastadoramente solo en este mundo de mierda.

«Te daré mis dos opciones, Katrina».

Su tono es brusco y áspero. «Puedes pagar tu deuda a mi rival. Sólo dilo y puedo subastar tu hermoso cuerpo y tu coño virgen para esta noche, y nunca tendrás que volver a verme. Donovan estará encantado, y eso le pondrá en deuda conmigo».

«Donovan», repito. El nombre me suena familiar. Me recuerda a las noticias que he leído sobre las chicas desaparecidas y su nombre como principal sospechoso. Mierda. Sylan dice la verdad. Mis labios se tensan en una fina línea. «Uno», levanto un dedo, »no soy virgen, así que este Donovan puede chupármela. Dos.» Levanto un segundo dedo. «No soy un pedazo de culo sin valor para nadie. Puede que otros quieran tirarme, pero no soy basura. Y tres, bueno, escucho cuál es tu segunda opción». Mi tono es como un hierro, e inmediatamente me arrepiento de haber decidido soltar toda mi dosis de sarcasmo.

Me coge la barbilla con la mano y me inclina la cara hacia la suya. Quédate aquí. Conmigo. Pero no te equivoques. También cobraré mi deuda. Tú eliges».

«¿En serio, Sylan?» Mi mirada baila entre las suyas, buscando algo a lo que aferrarme. Él frota su pulgar sobre mi mandíbula y sus ojos arden en los míos.

«Lo sientes. Esta conexión entre nosotros. Sé que la sientes».

Mi mirada se posa en sus labios en movimiento y mi lengua se desliza para humedecer los míos, atrayendo su atención hacia allí.

Quiero decirle que sí, que me quedaré con él. Pero, ¿puedo confiar en él? No le conozco. Sólo

puedo confiar en cómo me hace sentir. ¿Puedo confiar en el innegable vínculo que despierta en mí cada vez que su piel entra en contacto con la mía?

«No», digo, y justo entonces ruge la bestia que ha estado manteniendo a raya.

«Mentiroso. Tarde o temprano tendrás que confiar en alguien. Espero que antes de que acabe muerto intentando salvarte la vida».

Guardo esta información para pensarla más tarde. «¿Qué harías conmigo?»

«Serás mía y haré lo que quiera con ella cuando quiera. Eso es todo lo que necesitas saber».

Quiero empujarle a hacer más. Me gusta ver el fuego en sus ojos y me dice que no quiere matarme. Pero la parte racional de mi cerebro se toma un momento para hablar: hay otras cosas peores que la muerte.

'¿Así que seré tu sirviente contratado? ¿Limpiando los platos, fregando los suelos y quizá sacando brillo a ese gran escritorio de madera que tienes? ¿Por cuánto tiempo? Mi voz apenas supera un ronco susurro.

Sus cejas se arquean y veo una pequeña sonrisa en sus labios. «Habrá pulido y durante todo el tiempo que yo quiera, Katrina. Un millón de dólares es mucho dinero. Antes de que me hagas más preguntas, déjame reducirte a cuatro palabras. Me perteneces. Simple».

Resoplo. «Nunca nada es sencillo».

Me mira con los ojos entrecerrados. «Como quieras. Yo gano de cualquier manera».

Sylan se coloca detrás del escritorio y pulsa un botón del teléfono.

No me doy cuenta de lo que hago hasta que mi mano está sobre la suya y las palabras salen de mi boca.

«Te elijo a ti. Te elijo a ti. ¿Te parece bien? Tú ganas».

Inclinada sobre un escritorio de madera, muevo el peso y me estremezco cuando un dolor agudo me sube por la parte posterior de la pierna por trabajar dieciocho horas con estos malditos tacones.

En cuanto suelto un gemido, un par de brazos fuertes me arrastran y me tiran contra un pecho ancho y musculoso. Le rodeo el cuello con los brazos y me relajo en sus brazos.

«No te arrepentirás de tu elección, **mo chroí**».

«No estoy tan segura, y creo que es hora de que me digas qué significa eso».

Su sonrisa traviesa me dice que disfruta tomándome el pelo, así que no presiono por ahora.

Sy me lleva a un sofá cercano, empujado por grandes estanterías de lo que parece ser una vasta biblioteca. No veo bien, pero advierto un segundo nivel y más filas de libros.

Un mafioso culto. Las películas no se equivocan.

Desde el momento en que atravieso su puerta, noto por primera vez los colores cálidos y acogedores. Marrones y negros, con algunas lámparas repartidas por la habitación para dar una impresión acogedora. Me pregunto si hace esto con todas sus víctimas antes de decretar su

destino. Giro su cabeza hacia mí y estudio sus ojos. En el fondo, puedo ver la ecuanimidad y la buena persona que esconde tras su dura apariencia de mafioso. Dicho esto, lo que he leído en los periódicos y en internet sobre la amabilidad con la que me ha tratado y la gentil condescendencia, signifique eso lo que signifique, me confunde cuando estoy en mi mejor momento. Ahora mismo me pesa una semana de turnos dobles, y no estoy segura de que deba confiar en mí misma cuando algo tan sencillo como estar entre sus brazos me hace tambalearme con tanta facilidad.

Apoyo la cabeza en su hombro. Esta habitación es cien veces más suntuosa que mi sórdido piso y tiene más piel de la que he visto en el último año. Suave y mantecosa contra mi piel cuando me obliga a reclinar las almohadas. Toma asiento en una mesita baja frente a mí y levanta un pie y luego el otro, dejando a un lado mis tacones de aguja.

En el momento en que sus pulgares acarician la longitud de mi arco, suspiro antes de pensar mejor mis acciones.

«Está bien, no necesito que haga eso.

Pero quiero sus manos sobre mí y no hago ningún movimiento para quitarle el pie de encima. Debe de haber intuido mis pensamientos, porque una sonrisa engalana esos labios suaves y estoy demasiado atrapada en el puro placer del alivio sobre mis nalgas como para objetar.

Ahora mismo no me importa lo que necesites. Se trata de mí.

Te voy a demostrar el cabrón egoísta que soy. Once meses mirando la foto de un hermoso tesoro como tú es mucho tiempo para mirar y no tocar. Así que cierra la puta boca, siéntate y disfruta de este momento. Sólo estoy empezando. Una vez que me asegure de que ya no sientes dolor, marcaré todo tu puto cuerpo y me aseguraré de que sólo recuerdes mi tacto y de que nunca más quieras desafiarme poniéndote en peligro. Borraré todos los recuerdos que tengas de cualquier otro hombre al que hayas permitido tocar mi propiedad. Y me aseguraré de que ames cada puto minuto».

Capítulo 5

Katrina

Es absurdo que quiera hacerle prometer todas estas cosas y más. Todo está mal y bien al mismo tiempo en tantos niveles diferentes. Es una locura que quiera saber lo que es pertenecer a un hombre poderoso como él, y de repente me siento invadida por una inquietante oleada de vergüenza. Se supone que es el villano, el monstruo al que todos temen. Y aquí estoy, deseando que le dé a mi cuerpo un placer que nunca antes he experimentado. ¿Qué clase de persona soy?

Le miro por casualidad a los ojos mientras me toca el pie con sus poderosas manos. Es como un vórtice y me absorbe. Sus manos firmes son divinas e imagino cómo se sentirán en el resto de mi cuerpo.

Me atrae no solo porque es guapo, con su mandíbula perfecta, sus ojos oscuros y embrujados y su voz ronca y ahumada, sino por lo que me hace sentir.

La tela de su camisa tira de sus anchos hombros y se ha arremangado los puños para mostrar unos gruesos antebrazos que se flexionan con cada movimiento. Con cada roce de sus pulgares en mi arco, siento que me relajo.

El poder se arremolina a su alrededor como una fuerza protectora y temible al mismo tiempo. Es tan denso que llena la habitación y hace que se me ericen los pelos de los brazos por las corrientes que fluyen por el vasto espacio.

Apoya mi pie en su pecho y me pasa una mano por el interior de la pierna, sin apartar los ojos de mi cuerpo.

«Nunca me tendrás miedo, **mo chroí**. Mientras estés en mis brazos, en mi cama, en mi casa, nunca tendrás motivos para dudarlo». No me está mirando y leer la mente no es exactamente una cosa, así que ¿cómo sabe mis pensamientos?

«No soy el monstruo que crees que soy. Soy duro cuando tengo que serlo, pero justo, y protejo lo que es mío. Y a Katrina. Por si no lo sabías. Me refiero a ti». Ahora levanta la mirada y me sorprende la intensidad que veo. «Eres mía. Ahora y siempre. Mía para amarte, mía para estrecharte y mía para protegerte». Su voz se eleva y mi corazón empieza a latir fuerte y rápido con cada palabra que pronuncia.

Le quito el pie de encima y me incorporo. «Nunca he dicho que te considere un monstruo, Sy. ¿Has oído esas palabras salir de mi boca? No».

Una máscara se desliza sobre sus facciones y se acerca a mí. Maldita sea.

«No tienes por qué. Son tus ojos los que hablan. Juegas un bonito juego de distracción hablando siempre mientras escondes tus verdaderos pensamientos. Pero lo veo». Hace una pausa y ya puedo sentir cómo corta los lazos que nos unen, hilo a hilo.

Me pasa una mano por la mejilla antes de deslizarla por detrás de mi cabeza y acercarme a unos centímetros de sus labios. Aprieta su frente contra la mía. «No puedo permitir que me mires como si no confiaras en mí».

La vergüenza que sentía hace unos instantes me atormenta, convirtiéndose en miedo a que me rechace y me devuelva al cascarón de una vida con la que he jugado. Porque sin él sé que mi vida no tendrá sentido.

«¿Cómo es posible que te desee tanto que te tenga miedo? Ese es el verdadero miedo que tengo, Sy. No puedo confiar en mis sentimientos, porque no me cabe en la cabeza la idea de sentirme conectada a ti de una forma que escapa a mi comprensión.»

Caigo de rodillas entre sus piernas y le doy un beso ardiente. Me mete los dedos en el pelo y me agarra con fuerza, y caigo bajo su poder al instante.

Gimo y me trago su gruñido, acariciando su lengua con la mía. Saboreo los suaves y cálidos confines de su boca. No necesito decirle a mi cuerpo que se relaje. Me derrito entre sus brazos, con los contornos de sus músculos abultados, y rozo su labio inferior, apartándome lo suficiente para ver el fuego encenderse en sus ojos oscuros.

«Quiero ser tuya. Si me aceptas», digo contra su boca.

Sonríe y vuelvo a ver al hombre detrás de la máscara. Se levanta, tira de mí y vuelvo a estar entre sus brazos.

Sus labios se posan sobre los míos.

El placer estalla en mí y vuelvo a perderme en su sabor cautivador.

«Date la vuelta», murmura contra mis labios, y entonces me doy cuenta de que estamos al otro lado de la habitación, frente a las ventanas.

«Pon las manos en el cristal.

Hago lo que me ordena bruscamente. El siseo de la cremallera de mi uniforme me llega a los oídos y tiemblo mientras él la baja centímetro a centímetro. Retira la dura tela y me deja desnuda ante él a la luz de la mañana, con el uniforme convertido en un charco de tela amarilla a mis pies.

Le oigo inhalar bruscamente y me giro para mirarle por encima del hombro y ver en sus ojos un hambre que nunca antes había visto en un hombre.

«He esperado mucho tiempo para tenerte. Voy a ser duro y rápido, voy a hacer que te corras y luego voy a llevarte a casa. Una vez que te lleve allí, no te irás hasta que yo esté saciado. Y eso no será en mucho tiempo».

Me roza los brazos con las yemas de los dedos, baja por mis caderas y apoya sus grandes manos en mis muslos.

«Eres impresionante y absolutamente perfecta».

Sabe que estoy a punto de rebatir su opinión sobre mí. No sé cómo, pero cuando sigue hablando, cierro la boca.

Siento el grosor de su polla presionando la articulación de mi culo y gimo, retorciéndome contra

él, y debe de gustarle la fricción sobre su polla porque me agarra de las caderas y tira de mí hacia atrás hasta que toda mi espalda queda presionada contra su frente.

«**Mo chroí** ¿quieres mi polla?».

Rápidamente recuerdo que no estamos solos y levanto las manos para cubrirme, pero cuando giro la cabeza hacia la puerta me doy cuenta de que Luka nos ha dejado en algún momento.

Estamos solos Sylan, yo y el precioso amanecer.

Los rayos de luz que se filtran a través de la vista despejada de la ciudad se clavan en el pelo. Son tan negros que, cuando la luz incide en algunos mechones, veo toques de azul.

Asiento con la cabeza.

«Pon las manos sobre el cristal y abre las piernas».

Una corriente de excitación recorre cada célula de mi cuerpo cuando desliza los pulgares por la cinturilla de mis bragas y tira de la seda blanca por encima de mis muslos. Se unen a mi uniforme en el suelo.

Se arrodilla detrás de mí y jadeo al sentir la suavidad de sus labios presionando mis nalgas junto a sus dedos.

Sube por mi espalda, me desabrocha el sujetador con un gesto de los dedos y lo suelto, maravillada al sentir el frío cristal contra mis pechos.

Debajo de nosotros, Chicago se agita, ajeno al hecho de que estoy mirando hacia fuera mientras estoy a punto de ser follada a fondo.

«Sy, por favor. Te necesito». No me doy cuenta de que estoy suplicando hasta que las palabras salen de mi boca y no me arrepiento de ninguna.

Se pone en pie antes de que pueda reaccionar de otro modo y me doy la vuelta, soltando los botones de su camisa.

Necesito sentirlo. Retiro la tela blanca para descubrir los remolinos negros de sus músculos ondulantes y siento la tentación de pasar la lengua por cada uno de ellos.

Por una vez, cedo a la tentación y es un placer. Estoy harta de no conseguir lo que quiero cuando lo quiero. Le pongo las manos en los hombros y le quito la camisa de los brazos. Me inclino hacia él y nuestros gemidos chocan cuando mi lengua pasa sobre el primer remolino de tinta que se enrosca bajo su pectoral izquierdo. Continúo subiendo por su pecho, deteniéndome sólo para tocar la punta de su pezón con un movimiento de lengua. Cojo el pequeño pico entre los labios y lo chupo.

Debe de gustarle, porque me agarra por las caderas, me atrae hacia su cuerpo y hace vibrar sus labios contra los míos. El frío cristal me enfría la espalda, mientras que el calor suficiente para calentarme dos veces me consume por delante.

Pero Sylan no es un demonio. No, el hombre que tengo delante es nada menos que mi salvador. Sólo espero poder devolverle el favor algún día.

Grita con fuerza en mi boca y aprieto las piernas alrededor de su gruesa cintura, la dura cresta de

su polla entre mis piernas. Jadeo ante la áspera sensación de su cremallera contra mis labios sensibles y mi clítoris necesitado pide más. Muevo las caderas sobre él y gimo ante la deliciosa sensación, arqueando la espalda lo suficiente para que mis pezones desnudos rocen su pecho. Una sacudida tira de la otra y aprieto las duras puntas entre los dedos, dando un fuerte tirón.

Una sacudida de salvaje necesidad se apodera de mí y hace que un cálido líquido se deslice desde mi apretado canal hasta empapar la parte delantera de sus pantalones.

«Eres divinamente hermosa cuando te excito».

Me pasa las manos por los muslos y los rodea hasta que tiene mis nalgas entre las palmas. Amasa la carne turgente y yo me froto contra su bulto. Sujeta mi peso con un brazo y suelta su polla hinchada. El semen brota a chorros de la cabeza y yo meto la mano entre nuestros cuerpos para colocarla en la entrada de mi coño.

Se tensa y hace ademán de apartarse. «¿Estás segura?

Sé lo que pregunta y me conmueve que se preocupe tanto por mí cuando sería tan fácil follarme y no preocuparse por la parte que viene después de tener un sexo infernal.

«Estoy protegida y aunque me dejes embarazada, soy tuya, ¿no?».

«Joder, sí. Mía y sólo mía. No te comparto con nadie más». Vuelve a gritar y me encanta la emoción de pertenecer.

Hundo los talones en su culo mientras la gorda cabeza de su polla empuja en el apretado apretón de mi coño.

«Joder, sí», gimo.

Como si utilizara todos los músculos de su cuerpo, me sujeta con fuerza y empuja. Inclino las caderas y, cuando vuelve a hacerlo, golpea mi clítoris y grito. Me encanta su fuerza y cómo siente ya la presión de mi orgasmo.

«Esto es solo un calentamiento. No me conformaré con tenerte una sola vez. Joder, será toda una vida y entonces puede que no sea suficiente».

Me levanta de él y utiliza su fuerza para penetrarme mientras me baja. Me apoyo en el respaldo, pegada a la ventanilla, y aprieto las piernas mientras me folla con fuerza y velocidad.

Cada vez que penetra, mi coño se aferra a su polla. Sus bíceps se flexionan y los abdominales sobre los que pronto tendré de nuevo mi lengua se ondulan por la presión acumulada. Lo sé porque yo también lo siento.

Hace un calor húmedo y perverso que nada tiene que ver con el transcurso de mi mañana. Hace poco más de tres horas me habría imaginado despertándome ahora mismo, duchándome y poniéndome por millonésima vez ese feo uniforme color mostaza. Sin disfrutar del placer envuelta en un mafioso de mente sucia.

Sólo ver su reluciente polla resbalando por mi pegajoso cuerpo mojado con mis jugos me acercaba al límite.

No soy la única que disfruta de la visión. Su mirada se fija en el punto donde se unen nuestros cuerpos y aprieto las aterciopeladas paredes que lo rodean.

«Eres el ángel que será mi muerte. Toma, coge lo que quieras». Su voz es un barítono ahumado y áspero, con toques de sus raíces irlandesas.

«Sy, estoy cerca, tan cerca». El calor de su cuerpo me hace aferrarme a él y deja un rastro de besos a lo largo de mi hombro.

«Oh, Kat, me estás ordeñando la polla. No puedo aguantar mucho más. Disfruta por mí, mo chroí, ¡dame tu liberación ahora!».

«Dios mío, no pares. Hazlo otra vez». Le suplico, echándole un brazo al cuello y apoyando el otro en la gruesa ventana.

Me empuja una última vez y echa la cabeza hacia atrás. «Disfruta, Katrina», grita, y veo que las arrugas que rodean su boca se endurecen por la concentración.

Chorros de esperma caliente se vierten dentro de mí y puedo sentir cada uno de los hilos mientras descarga.

«Te oigo», grito, y a estas alturas me da igual quién pueda oírme. Jadeo tan fuerte que apenas puedo hablar y no puedo contener lo que siento.

«Estoy... disfrutando... Syyyy.» La sensación de su polla sacudiéndose dentro de mí me impulsa a liberarme. Un éxtasis blanco me roba el aliento y la vista mientras mi cabeza cae hacia atrás y yo caigo en mi liberación. Las paredes de mi coño se estremecen alrededor de su gruesa polla.

Caliente. Joder. Gozo.

Su respiración agitada me golpea el hombro con fuerza y rapidez. Sus ojos son lo primero que veo cuando me inclino sobre sus brazos. Estamos hechos un lío y nuestras salidas unidas se derraman sobre nuestros muslos, pero la mirada de felicidad en sus ojos es lo único en lo que puedo concentrarme.

Me acurruco contra su cuello y suspiro con una satisfacción tan extraña que me pregunto si volveré a sentirme así de feliz en mi vida. «Así es el sexo sucio de oficina».

«Espera a que te tenga en mi cama. Como he dicho, esto es solo una prueba».

Capítulo 6

Katrina

A la mañana siguiente estoy completamente despierta antes de que Sylan se despierte de su siesta energética, como él la llama. Por la última mirada al reloj, esta siesta duró seis horas y apuesto a que nuestra última sesión de sexo absorbió hasta la última gota de su esperma y su energía, igual que él absorbió la mía. Después de nuestra sesión en su despacho, me recogió y nos llevó por una puerta secreta detrás de su escritorio que conducía a un nivel superior. Hasta ahora no hay habitación en este ático en la que no hayamos hecho el amor. De hecho, hicimos el amor tantas veces en el último día que perdí la cuenta. Músculos que no sabía que tenía zumban de satisfacción mientras le veo dormir.

La luz del sol ilumina nuestros cuerpos desnudos y le acaricio el pelo, disfrutando de su tacto suave y sedoso. Me rodea con una pierna y sonrío. De alguna manera, desde que me llevó a su cama, nuestros cuerpos siempre están conectados. No me quejo. Me gusta la sensación de tenerlo siempre cerca y el impulso posesivo que hay detrás. Después de tanto tiempo sola, el contacto alivia una parte de mí que no sabía que me faltaba. No antes de él. Además, pertenecer a un mafioso me hace sentir como la chica mala, pero en el buen sentido. Deslizo la pierna por debajo de la suya y atravieso la enorme habitación en dirección a la ducha. El fresco suelo de mármol blanco sobre mis pies descalzos contrasta deliciosamente con mi piel calentada por el sol.

Me meto en una ducha tan grande como toda la habitación de mi pequeño piso. Gimo largo y tendido cuando el agua caliente sale y golpea mis músculos.

Tomo una decisión firme. Nunca saldré de esta ducha.

«Mo chroí».

Aunque desconozco su significado completo, sé que es un saludo cariñoso. Dicho con una entonación tan suave y profunda, no puedo controlar cómo se me hunde un poco el corazón. Abro los ojos y me alejo del agua que gotea para ver a Sylan abriendo la puerta de cristal con la mirada más cariñosa que he tenido nunca, y mi corazón salta una vez más. No puedo evitarlo, y ni siquiera estoy segura de querer hacerlo.

«¿Hay sitio para uno más?»

Para mi satisfacción, lo único que esboza es un atisbo de sonrisa. Mi mirada se posa en su polla crispada y mi cuerpo se calienta ante la promesa que sugiere su cuerpo.

«Creo que aquí cabría todo un equipo de hombres», le digo con un dedo torcido. Los latidos de mi corazón se aceleran cuando se acerca y sólo se calman cuando me envuelve en sus brazos. Le he dicho a mi corazón que no se involucre, pero obedece mi orden silenciosa tanto como mi cuerpo cuando se trata de Sylan: en absoluto.

«Me encantaría ver cómo otro hombre intenta arrebatarme lo que es mío. Lo mataría y

disfrutaría».

Por mal que suene, sonrío y disfruto del persistente beso en su hombro.

El agua caliente desciende sobre nosotros mientras él recorre con las yemas de los dedos la longitud de mis brazos y la curva de mis nalgas, como si estuviera adorando mi cuerpo. A pesar del vapor, se me pone la carne de gallina cuando me toca.

Me arqueo, empujando mi culo contra su gruesa y dura longitud. El leve movimiento hace rugir mi sangre con una renovada necesidad de él. Me pregunto brevemente si siempre será así con él. Si siempre tendrá ese control sobre mi cuerpo y mi corazón.

«¿Tienes hambre?», me pregunta con ese tono áspero y ahumado al que no puedo resistirme.

Asiento con la cabeza.

«A su debido tiempo», dice, riendo suavemente. «Déjame cuidarte de otra manera, **mo chroí**. Quiero proporcionarte todo lo que necesites en esta vida, porque no tengo esperanzas de que, cuando muera, vaya a ir al cielo al lado de un ángel como éste. Así que aprovecharé el tiempo que tengo para demostrarte que puedes confiar en tu corazón y en la forma en que te habla de mí. Quizá Dios se apiade de mí por cuidar de uno de sus ángeles».

Vuelvo a caer en sus brazos y me limpio las lágrimas de los ojos. El poder de su voz y sus palabras retumba en mí y me hace gemir con una mezcla de emociones. Primero sorpresa y luego alivio por no haberme vuelto loca al caer tan rápido.

Es verdad. Me he enamorado del mafioso irlandés. El hombre absolutamente dominante, temible y poderoso que me quita todo el dolor. «Es como si nuestras mentes estuvieran conectadas, porque no tengo otra explicación para que me leas la mente».

«Está en la forma en que me miras». Me rodea la cintura con el brazo y me atrae hacia él. «Hay tanto asombro en tus hermosos ojos ámbar que casi me arrodillo ante ti. Siento amor y mi corazón reconoce a su alma gemela. Ahora que te tengo, mi reina, nunca pasarás un día sin conocer el tacto de tu rey.

Me coge la mano pequeña con la más fuerte y me besa los nudillos. Me maravilla que un hombre tan rudo pueda ser tan tierno. Respiro al sentir su cálida lengua moviéndose sobre su suave piel. Me maravilla el fuego que recorre mi cuerpo ante una caricia tan pequeña y burlona. Me gustaría alargar la mano, atraerlo hacia mí y devorar primero su boca y luego bajar desde ahí.

Él tiene otras ideas y le sigo mientras coloca primero la mano izquierda y luego la derecha sobre el mármol caliente.

«No debes moverte hasta que termine».

Me pellizca el hombro, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca al sentir su dura polla rozando mi trasero. «Esto no está bien», intento decir, pero mis ojos se cierran al sentir sus fuertes dedos trabajando mi cuero cabelludo.

No tardo mucho en caer bajo su hechizo hipnótico. En realidad, unos segundos. La fuerza de sus manos es mi perdición, y obedezco su orden de no moverme para que no interrumpa su suave tortura sobre mi cuero cabelludo.

«Reclina la cabeza hacia atrás, ahora».

Lo hago y el piloto automático se enciende durante un rato mientras enjuaga la espuma antes de pasar al acondicionador.

Me quejo cuando cambia las botellas de jabón y se enjabona las manos, ignorando la necesidad de una esponja. No veo ninguna. De pie detrás de mí, me pasa las manos calientes por los brazos con movimientos largos y fluidos.

Mis pezones lo toman como una señal de anticipación y se endurecen. Cuando se concentra en ellos con sus manos enjabonadas, mi cabeza cae sobre su hombro.

«Más», le suplico débilmente.

Su pecho vibra de risa mientras me masajea los pechos. Giro la cabeza y me besa con fiereza. Con las manos busco su preciosa polla dura y la acaricio en toda su longitud, desde la base hasta la punta. El semen moja mi mano y Sylan gime, separándose de nuestro beso.

Me separa los pies con la rodilla entre las piernas, me da la vuelta y me devuelve las manos a la pared. Me estás haciendo perder la concentración. No es ese tipo de ducha. Vuelve a la pared con las manos, **mo chroí**».

Hay un segundo de resistencia en el que una guerra interior me insta a ignorarlo y coger lo que quiero, pero hago lo que me ordena. Tendré mi turno y entonces no se me escapará.

Suspiro. «No puedo evitarlo».

«Conozco la sensación».

Los dedos de Sylan se clavan en la tierna carne de mis caderas y giro la cabeza para verlo de rodillas. Me masajea con movimientos lentos y deliberados.

«Cada parte exquisita, sucia y dulce de ti me pertenece. No lo quiero de otra manera. ¿Me entiendes? Te quiero toda».

Asiento con la cabeza, cierro los ojos y saboreo sus dedos exploradores mientras me separa las nalgas. Me estremezco cuando sus dedos tocan mi parte más íntima.

Me tiemblan los brazos y me inclino hacia delante, apoyando la mejilla en el frío mármol. El pequeño movimiento abre más mi cuerpo a él y oigo un pequeño gemido de agradecimiento detrás de mí.

«Sy», le suplico temblorosa mientras arrastra el pulgar por mi culo apretado. Su otro pulgar se ha deslizado entre mis labios hinchados y respiro agitadamente cuando presiona mi dolorido clítoris.

Mis rodillas tiemblan y están a punto de ceder cuando él se levanta, soportando mi peso, sin soltar nunca su dulce y envolvente tortura.

«Está bien, mi amante. Nunca haré nada que no te guste, pero te prometo que disfrutarás cuando tome este precioso culo con mi polla. Pero por ahora quiero que lo disfrutes por mí».

Quiero la promesa en sus palabras. Ardo en deseos de sentirla en cada parte de mi cuerpo.

«Sí», digo, y nunca he sentido cada letra de la palabra como en este momento.

La presión aumenta y el calor de un orgasmo rápido aprieta las paredes de mi coño y grito mi liberación. Mientras el placer se abalanza sobre mí, me penetra el culo con la punta del pulgar y yo me pongo a horcajadas sobre sus manos, soñando con que su polla me lleve hasta allí.

Agotada, caigo en sus brazos mientras él nos lame, con la respiración agitada y entrecortada.

«Creía que no era ese tipo de ducha». Gimoteo, esperando que haya cambiado de opinión.

«Pronto», me ronronea al oído. «Por ahora tengo que dejar que tu dulce coño descanse de todo el abuso que le he dado».

Siento su cálido aliento contra mi mejilla y relajo la cabeza en su hombro. Mi mano se posa inconscientemente en su corazón mientras se enjuaga el resto del bálsamo. No quisiera que pasara ni un solo día sin que su embriagador aroma me llenara los pulmones o sin que sus labios encontraran el suave lugar justo debajo de mi oreja.

Para demostrármelo, roza con sus labios el punto exacto que me hace sentir débil, y ahí está, listo para tomarme.

No me doy cuenta de que he expresado mis pensamientos hasta que se gira entre mis brazos y presiona su frente contra la mía.

«Eres el diablo», le digo inestable, intentando recuperar el aliento.

«Entonces somos la pareja perfecta porque tú eres mi ángel».

Levanto la vista y sostengo su mirada. Sabe lo que pienso sin que yo exprese mis temores. Gracias a Dios, porque no sé cómo expresar con palabras el miedo a perder este vínculo.

«Nada se interpondrá entre nosotros, **mo chroí**. Nunca dejaré que eso ocurra. ¿Lo entiendes?»

Siento cómo la tensión se filtra por mis músculos y asiento con la cabeza. «Lo entiendo. Siento que acabo de firmar para siempre y el corazón se me hincha de tanta felicidad que es difícil contenerla.

Entrelaza nuestros dedos y se inclina para besarme en la frente. «Ven.

Salimos de la ducha y me seca empezando por el pelo, bajando hasta que hasta los dedos de los pies se sienten queridos y mimados. Sólo entonces se ocupa de sí mismo.

«Te dejo sola un momento, pero no tardes». Sylan sale a hurtadillas, dejando el baño abierto para que pueda observarle. Me miro en el espejo. Ya no soy la mujer con bigote que quería pasar desapercibida. Mis mejillas están sonrosadas por el agua caliente y la ternura de mi mafioso. Me sorprende el brillo de mis ojos, algo que no había visto en mí, bueno, desde siempre. Es gracias a Sylan y no veo la hora de volver a estar en sus brazos.

Encuentro mi vestido de doncella lavado y doblado en una estantería junto a algunos artículos de primera necesidad. Me había mantenido tan ocupada que nunca me había dado cuenta de que alguien entraba o salía, pero agradezco la ropa limpia y el cepillo de dientes.

Me tomo unos minutos para secarme el pelo antes de ponerme la ropa. Abro la puerta del baño y me encuentro a Sylan esperándome en el borde de la cama, con un plato de plata en la mano.

«¿Qué es esto? pregunto, aspirando el olor a fruta fresca al entrar en el dormitorio.

Él no responde, simplemente me tiende una mano para que me una a él, y yo sigo de buena gana su orden silenciosa. Introduzco mi mano pequeña en la suya y suspiro cuando mi piel se desliza sobre la suya.

Se ha puesto unos pantalones negros con un botón abierto. Sexy como el pecado.

Me acomodo en su regazo y me muevo un poco hasta que me siento cómoda. «Después de todo lo que te he hecho pasar, es hora de que te dé de comer, **mo chroí**».

La bandeja en equilibrio en el borde de la cama junto a nosotros estaba llena de todas mis frutas favoritas.

«Abre». Sylan sumerge una fresa gorda en nata montada suave y deliciosamente dulce, y yo gimo al sentirla en la lengua. Mi segunda debilidad, al parecer.

«¿Por qué estás de vuelta en uniforme? Creí haberte dicho que no ibas a volver a trabajar en Sally's». Me pone otra fresa en los labios.

'Sobre eso. Tengo que volver a casa. Llevo esto porque no tengo otra cosa. Y si quiero ser tuya por un tiempo, necesito algo más que mi piel para vestirme. No creo que Luka ni nadie que tengas cerca aprecie ver a la novia del jefe paseando desnuda».

Le miro y veo que su expresión pasa del día a la noche.

«Los mataría por atreverse a mirar». Exhala. «No me gustaría tener que matar a mis hermanos».

Suspiro y dejo a un lado la pequeña perla de que no sólo tiene a Luka como hermano. ¿Cómo de grande es su familia? «Sí, sería una pena, Sy. Joder».

Le doy una bofetada juguetona.

«¿Tienes una familia grande?».

Él asiente, deslizando un arándano entre mis labios. Hacía tiempo que no comía algo tan decadente y mis papilas gustativas están felices. Muy felices.

«Dos hermanos consanguíneos y más de una docena de hermanos que no lo son pero a los que considero consanguíneos».

«¿Todos varones? ¿Ninguna hermana? Siempre quise tener una hermana con la que compartir charlas de chicas. Una tontería, lo sé, pero ya sabes».

Parece meditar mis palabras antes de hablar. «No podría imaginarme una vida sin mis hermanos, así que en cierto modo es así».

Permanece en silencio durante varios compases y cuando creo que no tiene nada más que añadir, sus palabras me rompen el corazón. «Teníamos una hermana. Era testaruda y quería crecer antes de tiempo. Murió por esa terquedad».

«Lo siento mucho. Debió de ser muy difícil para toda su familia».

Esta vez hace una pausa mientras moja un trozo de melón y me sostiene la mirada. «Aquella fue la última catapulta que necesitaba para impulsarme hacia la vida que vivo ahora. Entonces era débil y no podía protegerla. Ya no soy débil, Katrina».

Me frota la espalda con pequeños círculos.

«¿Por eso me ayudas? ¿Por qué no pudiste ayudar a tu hermana?».

No contesta, sigue dándome de comer en silencio, y cuando he terminado un plato y empieza a preparar otro, levanto las manos. Levanto las manos. «Ya basta». Me río, haciendo todo lo posible por aligerar un poco el ambiente. Odio la penumbra que se ha instalado sobre nosotros y quiero volver a un terreno más feliz.

Dios mío, Sy, me estás matando. Si me como otro me convertiré en una cesta de fruta andante, lo juro».

«Sólo estoy tratando de fortalecerte para lo que tengo planeado para esta noche».

«¿Oh?» pregunto, mis cejas se alzan rápidamente en señal de sorpresa. «¿Qué has tenido tiempo de planear? No me has sacado de esta cama en las últimas veinticuatro horas, Sylan Ward».

Me coge la barbilla con las manos y devora mis labios con los suyos en un beso tan intenso que lo siento hasta el alma.

Se inclina y presiona su frente contra la mía. «¿Quieres hacer cuarenta y ocho?».

Casi me enamoro de ese brillo diabólico en sus ojos. «Si hacemos eso, sé que acabaré embarazada, y otro día contigo entre las piernas y no podré andar».

«Puede que eso sea bueno, **mo chroí**. En cuanto a lo segundo, bueno, te llevaría al fin del mundo».

Le miro, con el humor a un lado, y sé que dice la verdad. Se inclina y toma mis labios con los suyos. Un suave roce y luego algo más profundo que dice más de lo que cualquiera de nosotros podría decir.

«Me siento bien. Las palabras no hacen justicia a las emociones que se agitan en mi interior. Le cojo la cara entre las palmas de las manos y le miro a los ojos. «Quiero que lo sepas».

Su mirada es oscura e intencionada. «Olvídate de irte de aquí. Quédate conmigo. Te compraré todas las cosas nuevas. No necesitas nada de tu antigua vida. Te daré todo lo que quieras y más». Me acaricia y frota la punta de su nariz contra la mía.

Ojalá hubiera sabido que un día mi vida se vería iluminada por un hombre que me desea tanto que hará cualquier cosa por mantenerme a salvo.

«No es tan sencillo, Sy. Le debo a la gente una explicación de dónde estoy y no puedo simplemente no volver por mis cosas. Sally depende de mí. No puedo defraudarla. Tengo que cubrirla hasta que alguien me reemplace, o al menos decirle que estoy bien. No tengo mucho, pero lo que tengo vale algo para mí, y tengo cosas que el dinero no puede comprar. Cosas que me dio mi madre. Y ropa que no es un feo amarillo o poliéster». Echo una mirada aguda a mi estado actual de vestimenta.

«Haré que Luka y dos de mis matones te acompañen. Tienes una hora antes de que quiera que vuelvas sana y salva a mis brazos. O vendré a por ti».

Sé que tiene buenas intenciones, así que no le llamo la atención por sus bravuconadas. Respiro entrecortadamente, insegura de la respuesta a mi siguiente pregunta, pero la necesito de todos

modos. «¿Por qué haces todo esto por mí? Ahora que sé que no quieres envolverme en una toalla y que Scarface me meta con los peces».

Gruñe, y veo que se le dibuja una pequeña sonrisa en la comisura del labio. «Sabes que eso le saca de quicio, ¿verdad? ¿Sabes siquiera quién es Scarface? No es la mano derecha de nadie».

«Sí, lo sé. Pero te lo estás tomando demasiado al pie de la letra». Me hago un corte en la frente y lo trazo por un lado de la cara para parecerme a Luka. «Es que me queda bien. Pero no evadas mis preguntas. No estoy aquí sólo por sexo. No me conociste como una más de las mujeres que te encuentras por la calle, y desde luego no me debes nada».

Me rodea con sus brazos y me encierra en su abrazo. Asiente con la cabeza, como si se dijera a sí mismo que está bien compartir una parte profunda de él. Siento que está a punto de mostrarme un lado oculto de Sylan que no comparte con muchos y le presto toda mi atención.

«Cuando tu padre entró por mi puerta hace casi un año, lo creas o no, sentí que se avecinaba un cambio. Llevaba tiempo gestándose y yo estaba cada vez más inquieta. En menos de veinticuatro horas te descubrí. Durante el último año he tenido hombres siguiendo cada uno de tus movimientos. ¿Por qué crees que Sally te dio ese trabajo? O por qué el casero nunca te echó, a pesar de que te retrasabas con el alquiler. Me destrozó por dentro no haberte recogido la noche que tu información llegó a mi mesa. Pasé semanas durmiendo poco porque me quedaba fuera de tu piso vigilando que nadie te molestara. Sally no envió esas cajas de comida de tu restaurante».

«Sí lo hiciste», susurro, abriendo mucho los ojos. No sabría decir si estaba asombrada por su amabilidad o por la capacidad de Sally para mentirme a la cara cuando le pregunté y luego la abracé con fuerza.

«Puse suficientes hombres bajo tierra como para considerar mi incapacidad de tenerte una penitencia. Así que hice lo que pude. Me hizo falta una fuerza increíble para no meterle una bala en la cabeza a tu padre por lo que os hizo a ti y a tu madre. Cada noche que pasaba en el coche, pensaba en una forma de enterrarlo, y entonces veía tu sombra moviéndose en la ventana y mi alma se calmaba, y me quedaba en paz un rato más.

Me cuesta asimilar lo que me está diciendo. «¿Mataste a mi padre?»

«No. Pero no pienses ni por un momento que no quería hacerlo. Ya te lo he dicho. Ya no soy débil y mi contención fue por ti y no por piedad hacia ese sucio bastardo».

Sus ojos negros me miran, evaluando mi reacción a sus palabras. «¿Y Sally? ¿Nunca fue mi amiga?»

«Lo era. Lo es. Cuidó de ti porque yo se lo pedí. Mi influencia terminó ahí. Todo lo demás acerca de su relación con ella es genuino. Tienes mi palabra».

Asiento con la cabeza, pero no acabo de hacerme una idea.

«¿Así que hiciste todo esto por lástima hacia mí?». Hago ademán de bajarme de su regazo, pero me agarra por la cintura.

Suelta una risita y su profundo rugido llega hasta mí. Me estremezco ante la oscuridad del sonido.

«Qué pena, no. No me estás escuchando, **mo chroí**. Te tengo nada menos que respeto. Y amor».

Mis ojos se abren de par en par y mi corazón también.

«¿Amor?» pregunto en un susurro ahogado, temiendo no haber oído bien.

«Amor, **mo chroí**. Nunca he pronunciado esa palabra fuera de mi familia. Tú eres la primera. Me perteneces por completo y nadie te apartará de mí».

Es absurdo, pero creo que yo también le quiero. Me duele el corazón con el suyo y me siento honrada de que se haya abierto a mí.

«Ahora ya sabes algo de mí. No tienes que decir nada. No hasta que estés segura». Asiento con la cabeza y él presiona sus labios contra mi frente. «Mi padre era un buen hombre. Pero no pudo salvar a mi hermana, que estaba decidida a hacer las cosas a su manera. Después del instituto se metió en un negocio del hampa y murió en la calle, drogada y prostituida para hombres como Donovan. Cuando conozcas mi negocio, comprenderás que no tolero esas cosas y que nunca trabajaré con un hombre como él».

El asco cubre sus palabras y se levanta llevándome con él y me pone de pie con suavidad,

Todo en su comportamiento dice que no le gusta la idea de que salga de sus muros, pero puedo decir que tampoco quiere asustarme controlando mis movimientos. No creo ni por un minuto que se interponga en mi camino si salgo por esas puertas. Es un equilibrio delicado, lo sé, y eso no me gusta más que a él. Pero tampoco viviré con miedo.

Me pongo de puntillas y le doy un besito en la mejilla. Me ha salido un leve vello entre los muslos y me distraigo momentáneamente por las ganas de averiguar qué se siente con ese tipo de roce entre las piernas.

«Puedo oír tus pensamientos sin que digas una palabra. Más tarde, lo prometo».

«Realmente eres el diablo, mi mafioso irlandés. Volveré antes de que te des cuenta».

«Lo dudo».

«¿Oh?»

Me coge en brazos. «Sí, porque donde tú vas, yo voy. Ahora vamos a por lo que no te puede faltar, para que volvamos aquí y pueda compartir esos suaves labios tuyos con mi ya dolorida polla».

Un escalofrío me recorre. «Me gusta cuando me hablas sucio».

Capítulo 7

Katrina

Nos detenemos frente a mi complejo de apartamentos y entramos sin problemas. Unas cuantas personas se asoman y, en cuanto ven la mirada de Sylan, cierran rápidamente las puertas y vuelven a ocuparse de sus asuntos. Hasta que pasa la siguiente persona, seguro. Nadie aquí puede mantener su nariz limpia.

«No tardaré».

Dejo a un lado la vergüenza de enseñarle el tugurio al que he llamado hogar durante dieciocho meses. No es nuevo para él de todos modos. Si ha estado fuera aunque sea la mitad del tiempo, o incluso menos, sabe en qué clase de barrio estamos.

Luka está abajo con otras dos personas, así que nadie puede entrar o salir sin que ellos lo sepan.

Corro a mi habitación y me deshago del uniforme en favor de unos vaqueros, zapatos planos y un bonito sujetador que brilla con pequeñas lentejuelas de color ámbar que, según la dependienta, hacen juego con mis ojos.

Me pongo delante del espejo y me echo el pelo hacia atrás para recoger la masa larga y espesa en un nudo. Cuando vuelvo a ponerme de pie, casi me trago mi propia lengua, que me impide gritar.

Una mano brutal y áspera me tapa la boca, y no necesito presentación para saber de quién es la asquerosa mano que me quita el aire.

Donovan.

La puerta del armario se abre y otro hombre entra en mi habitación. La característica que más me gustaba de este minúsculo piso será la que haga que me maten.

Y una mierda. Por fin he encontrado mi felicidad. No me iré así. Mi miedo se convierte rápidamente en rabia.

Doy una patada sin apuntar a nada y cuando mi pie golpea la cómoda, el cristal se estrella contra el suelo.

Unos pasos pesados cruzan mi piso y grito a través de los dedos de salchicha que me tapan la boca.

Quien supongo que es Donovan solo por su edad y su fina vestimenta saca una pistola con un largo tubo en el extremo.

Mierda.

Levanto los pies y el repentino cambio de peso desequilibra a mi captor, que aparta la mano de mi boca.

«Pistola», grito y recibo un buen revés en la mejilla. Lo aguanto. La violenta fuerza del golpe me estampa contra la puerta y la abro de par en par, poniéndome a cubierto tras el escueto sofá. Por suerte, no ha sido empujado completamente contra la pared. No sé dónde está Sylan, pero tengo que creer que sabe moverse en un tiroteo.

Una voz profunda sopla desde mi habitación. 'Vas a pagar, pequeña zorra. Como hizo tu padre. Nadie me engaña y sobrevive».

Las palabras no significan nada para mí, y no tengo intención de responderles ni de abandonar mi posición.

Varios golpes de metal contra metal llenan el silencio y fuertes golpes retumban en las tablas del suelo.

Me agacho al borde del sofá y veo a Sylan hundiendo el puño en la cara de Donovan. El matón número dos apunta a la puerta de mi habitación. Tengo una lámpara en la mano lista para atacar cuando Luka irrumpe por mi puerta, dejándola colgando de sus goznes, con el asesinato en los ojos.

Dos osos se dirigen hacia mí desde la derecha y me encuentro en medio de un tiroteo que se convierte en una pelea en toda regla. Me escondo detrás de un muro de hormigón y recuerdo a la hermana de Sylan y cómo su negativa a escuchar a los demás acabó matándola. Es cierto que no conozco la historia completa, pero puedo entenderla. Sylan no quería que viniera aquí y yo me negué a esconderme por miedo. Ni siquiera busqué un término medio que me salvaguardara y no pusiera en peligro a aquellos que juraron protegerme. Y luego está Sylan. Golpea con su puño la cara carnosa de Donovan, derramando sangre por más cortes de los que me importa pensar.

Qué tonto soy.

Sylan arroja a Donovan contra la pared y su cuerpo se desploma. Los casquillos de metal caen sobre el suelo desnudo a mi izquierda y veo a Luka disparar una bala al matón.

«No te compadezcas de él, Kat», advierte Luka, y acerco mi mirada a la suya. «Él es la inmundicia de este mundo y él sería el que rompería tu cuerpo por una depravación sexual mucho más oscura de lo que cualquier mujer debería tener que soportar. Su muerte corre de mi cuenta».

«No debes cargar sola con esta culpa, Luka. No lo permitiré. En todo caso, compartimos esta culpa». Su rostro se vuelve tan sombrío como el de Sylan.

Vuelvo a centrar mi atención en él. «¿Y Donovan?» Pregunto, pero no puedo sentir mucha simpatía por el hombre.

Sylan tiene el cañón de su arma apuntando a la cabeza del hombre mayor, resoplando.

Sylan se mueve tan rápido que mis ojos no captan el movimiento ni el sonido de la bala hasta después. Donovan aúlla y veo que se agarra la rodilla. Ahora ya no podrás acercarte sigilosamente a inocentes jovencitas ni entrar en sus habitaciones. Maldita escoria. Debería meterte una bala entre ceja y ceja y librarme de ti».

Me levanto, me acerco a Sylan y deslizo mi mano en la suya, entrelazando mis dedos. Sylan se da la vuelta y nos saca de mi piso, dejando a Donovan a su suerte. Los matones locales no

tardarán en encontrarlo, y el destino tendrá que encargarse de ese desenlace.

Luka ocupa el asiento delantero mientras nosotros nos apretujamos en el trasero. Sylan me sostiene en su regazo y vuelvo a estar donde estaba hace una hora, en sus brazos, y tengo la sensación de que la situación no va a cambiar pronto.

Me apoyo en él y acaricio mi nariz contra su cuello. «Lo siento mucho, Sylan. Puse a todos en peligro por cosas materiales. Tengo los recuerdos de mi madre y eso me basta. No puedo vivir con la idea de que pueda pasarte algo a ti o a ti, Luka».

Luka se gira en su silla y me coge la mano. «Mi vida es tuya, como la de mi hermano. Te la doy con gusto porque eres importante para mi hermano. Por eso, eres importante para mí».

«Y tú eres muy importante para mí. Todos vosotros lo sois. No me di cuenta de cuán profundamente hasta que las balas empezaron a volar».

Tomo la mano de Sylan entre las suyas y noto el moratón que ya se está formando. «No volveré a pedirte nada que ponga en peligro a tu familia».

«Ahora nosotros también somos tu familia».

¿Quién iba a pensar que tan pocas palabras podían significar para mí más que todo el oro y el dinero del mundo?

«Gracias, Luka», susurro, asombrada, y su sonrisa me dice que entiende muy bien lo que siento, y sé que hay una historia más profunda, pero la dejo pasar. No me corresponde a mí averiguarlo.

Me vuelvo hacia Sylan y él roza sus labios con los míos. «Lo siento. Lo digo en serio».

«Puedes disculparte profusamente más tarde. Cuando esté de vuelta en casa y haya revisado cada centímetro de tu cuerpo para asegurarme de que estás bien».

Me levanto y me inclino para susurrar: «¿Eso significa otra ducha? Pero esta vez quiero **ese** tipo de ducha».

Mis palabras surten el efecto deseado y él me acerca con un gruñido, el hambre exquisita de sus ojos es la respuesta que necesitaba.

Capítulo 8

Sylan

La ducha puede esperar. Traigo a mi media naranja, a mi amor, a la mujer por la que daría mi vida, a nuestra casa, y no paro hasta llevarla arriba, a la que será nuestra habitación común para el resto de nuestras vidas. Necesito que sepa que nada nos separará jamás, como yo necesito mi próxima bocanada de aire.

La tumbo en el suave edredón blanco y me gusta la forma en que su pelo se derrama sobre el satén crema, ofreciéndome la vista más hermosa que he visto nunca.

Hago una pausa y aprecio la vista un momento más antes de desnudarla y abrirla a mi alcance.

El mero hecho de ver a Donovan tan cerca de ella hace que mi corazón vuelva a latir con fuerza y aprieto los puños.

No me doy cuenta de la rabia que me invade hasta que estoy encima de ella y me coge la cara con las manos.

Inmediatamente me calmo y me dejo llevar por su tacto suave y delicado. A veces parece demasiado frágil. Es mucho más pequeña que yo y temo aplastarla sólo con mi peso. Me apoyo en ella sosteniendo mi peso con los codos cerca de su cabeza.

«Hazme el amor, Sy. Cancélalo hoy y demuéstrame cuánto me quieres».

Una fuerza invisible me aprieta el corazón y me insta a cumplir su voluntad. Desciendo por su cuerpo y me meto un miembro duro en la boca. Le acaricio un pezón y, en cuestión de segundos, ella gime y se retuerce debajo de mí, y mi polla se hincha al instante.

Suelto un pezón y paso al siguiente, dedicándole el mismo amor. Mi Kat inclina las caderas hacia arriba y busca mi gruesa polla.

El semen resbala de la cabeza en riachuelos y cubre su mano mientras me acaricia de la base a la punta, derramando más para mojar la cama entre nosotros.

Me pongo de rodillas y separo sus piernas. «Sepárate para mí, nena, déjame ver la raja de tu bonito coño, **mo chroí».**

Cubro su mano con la mía y guío mi polla desnuda entre sus labios rosados y carnosos.

El líquido femenino se escapa y ella se estremece cuando arrastro la cabeza hinchada desde su culo hasta la entrada de su coño y la lleno de nuevo con todos nuestros jugos de una rápida embestida.

Gime cuando la saco, dejando sólo la cabeza en la entrada. Tengo las manos en sus rodillas y deslizo los dedos por su piel suave y cremosa, acercándola a mí mientras la penetro.

Grita y vuelvo a hacerlo, marcando su cuerpo y descargando la rabia de haber estado a punto de perderla. Vuelvo a penetrarla y me estiro entre los dos, jugando con su clítoris mientras veo cómo se lleva la mano a los pezones.

Mirarla me pone increíblemente duro y estoy listo para bombear mi semilla en su coño y volver a hacerlo.

Siento que sus paredes se ensanchan para acoger mi enorme tamaño. Cada vez que la saco, sus paredes vuelven a estrecharse a mi alrededor, absorbiéndome.

«Joder, **mo chroí**, vas a hacer que me corra. Dime a quién perteneces». le pregunto bruscamente. Ahora mismo no puedo con la dulzura y la ternura.

«Sólo a ti, soy toda tuya».

«Otra vez», ronroneo, esta vez cerca de su oído, y ella se estremece bajo mi peso. Empujo dentro de ella, meciéndola, y ella hunde sus uñas en la dura carne de mi espalda. La rodeo por la cintura con un brazo y empujo hacia delante.

«Vamos, Katrina, dame lo que tengo».

Siento que sus paredes se tensan con la primera oleada de su orgasmo y no aflojo el ritmo. La rabia salvaje de haber estado a punto de perderla me lleva al límite y sólo la sensación de su cuerpo bajo el mío sacia a la bestia que ha cobrado vida en mi interior.

Su espasmo cede y yo la saco, cojo mi polla con la mano y la bombeo.

«¡Oh Dios, sí...sí...sí!» Grita mientras disparo mi carga sobre su piel cremosa. «Más, Sylan. Quiero más».

Sus ojos ámbar se fijan en los míos y me pierdo. Simplemente.

Acaricio mi polla resbaladiza una vez más y le regalo el último chorrito de semen antes de caer sobre ella y reclamar su boca.

«Mírame».

Sus ojos se abren de nuevo y me impresiona su belleza y todo lo que podría haber perdido hoy. «No volverás a ponerte en esta clase de peligro, ¿me entiendes? Si tú mueres, yo muero, **mo chroí**».

«Te lo prometo».

Me doy la vuelta y la arrastro conmigo. Nos tomamos un momento para recuperar el aliento y ella recorre con sus dedos mis tatuajes. Uno es una cruz celta irlandesa que comparto con mis dos hermanos y otro es un intrincado nudo que representa a mi familia y a todos los que están bajo mi protección.

Katrina levanta la cabeza y nunca había visto algo tan hermoso ni me había sentido tan orgulloso. Observo a la mujer marcada por mi esperma y espero con impaciencia el día en que su vientre esté hinchado con mi hijo.

«¿Cuál es tu sorpresa? Esta mañana dijiste que tenías una sorpresa para mí. ¿Cuál era?»

Me levanto de la cama y cojo algo de la mesita.

Me doy cuenta de que le encanta mi forma de marchar y me gusta el suspiro de satisfacción que suelta.

Le tiendo la mano y ella la coge, poniéndose de pie al final de la cama.

«Cásate conmigo, **mo chroí**», me arrodillo.

«**Mo chroí** significa mi corazón en la antigua lengua irlandesa. Eres mi tesoro, mi todo. Mi vida y mi corazón son tuyos. Laten por ti y sólo por ti».

No me esperaba lágrimas, pero se me rompe el corazón cuando cae sobre la cama. Se tapa la boca con la mano y sacude la cabeza.

¿Cómo he podido ser tan estúpida? ¿Cómo una persona tan inocente puede querer a alguien tan dañado y manchado como yo?

Hago ademán de levantarme, pero las siguientes palabras que salen de su boca golpean mi pecho como un mazazo y agradezco el glorioso dolor.

«Sí, Sylan. Sí!»

Me pongo en pie y la cojo en brazos antes de que pueda pronunciar otra palabra.

Se me llenan los ojos de lágrimas y la abrazo con fuerza.

«Déjamelo a mí». Le pongo en el dedo anular el delicado anillo de oro que mandé hacer por encargo urgente. Los nudos irlandeses están entretejidos en el oro y son un diseño mío con pequeños detalles que sólo un Ward reconocería y que estoy deseando enseñarle.

«No hay principio ni fin», dice sonriendo.

Cojo su dedo y trazo las hermosas líneas. «Tan infinito como mi amor por ti. Estamos unidos para siempre en esta vida y en la otra».

Epílogo: un año después

No sé si alguna vez podría pagar esa deuda de un millón de dólares. Quiero decir, ¿cuánto sexo es necesario para hacerlo? No tengo una respuesta para eso, pero sí sé que el amor que me dieron me puso más en deuda, si me preguntas. Pero, ¿sabéis qué? He dado tanto como he recibido, así que puede que la deuda que me puso frente al mafioso más poderoso de Chicago haya sido saldada después de todo.

Después de hoy debería empezar la universidad y practicar lo que siempre me ha gustado: la psicología. A Sylan le encanta la idea y ha prometido asegurarse de que consiga mis objetivos, aunque eso signifique quedarse despierto hasta tarde conmigo. Me encanta su devoción. No me meto demasiado en sus asuntos, pero no me ciego ante ellos.

Con una sonrisa abro las puertas del despacho de mi marido y le hago una señal a Luka con el dedo torcido para que salga. Veo que le hace señas a Sy de que volverá enseguida.

El muy tonto ya debería saber que he preparado un intrincado plan que no llevará a nadie más que a mí y a Sylan a su despacho en bastante tiempo.

Deslizo el largo sendero del vestido alrededor de mi brazo para liberar mis pies. 'Sally dijo que necesita ayuda para montar las mesas y preguntó específicamente por ti. Mencionó a alguien que quiere que conozcas». Le hago un gesto con las cejas.

Gruñe, pero sé que confía en que no tengo nada siniestro pensado para él. Un poco de búsqueda de pareja nunca hace daño a nadie.

Sonrío, esquivo a Luka y cierro la puerta del despacho tras de mí después de pasar la tonelada de tela de mi traje.

«**Mo chroí**, ¿qué haces aquí? Te veré antes de la boda».

Sonrío y todo mi cuerpo lo siente. Estamos tan sincronizados, en sintonía y conectados que no tengo que decir ni una palabra para que sepa que estoy cerca de él.

La idea de pertenecer a este hombre peligroso me hace palpitar el corazón, porque puedo ver el osito de peluche que se esconde tras el exterior de tipo duro.

«Te necesitaba», le digo ronroneando, y es la pura verdad. Me duele físicamente cuando estamos separados y no puedo soportarlo.

Me doy cuenta de que mi hombre está de pie junto a la ventana, en el mismo sitio al que me llevó la primera vez. Sólo que ahora lleva un smoking y no distingo ni un atisbo de tristeza en su rostro. Estoy a punto de liarla y no siento ni un ápice de lástima por lo que estoy a punto de hacer.

«Te daré una última oportunidad antes de ir al altar para que me cojas como la señora Kane, porque dentro de una hora seré la señora Ward y no volverás a ver a Kane. ¿Qué me dices?»

Me mordisqueo la comisura del labio entre los dientes y veo salir de la nada al malvado mafioso con el que estoy a punto de casarme. «Ven aquí», me grita y obedezco su ronca orden.

Me quito el vestido y atravieso la oficina llevando sólo el liguero y unos tacones de satén blanco.

Tenía un bonito tanga de seda que esperaba que me arrancara con los dientes esta noche, pero ahora también sirve.

El retal de tela es arrojado al suelo y tengo mis piernas alrededor de su cintura mientras ella me levanta en sus brazos.

Hay más de quinientos invitados a diez pisos de distancia esperando a que empiece la ceremonia, pero nadie piensa abandonar la boda del jefe. Esperarán.

Tiemblo en los brazos de mi prometido y grito cuando me penetra con un solo movimiento. Me atrae hacia sí y me besa con fuerza, luego con ternura. No hay una sola parte de mí que él no posea y yo poseo cada parte de él. Siempre ha estado ahí para mí cuando lo he necesitado y yo estoy ahí para él.

Entierro los dedos en el pelo de mi amante y atraigo hacia mí al demonio al que todos me decían que temiera, rodeo su cintura con las piernas y le doy un beso duro y reivindicativo. Ambos nos estremecemos.

«Toma lo que quieras. Soy toda tuya».

Me vuelve loca cuando gruñe en mi boca antes de volver a pegar sus labios a los míos.

«Sy, estoy cerca, muy cerca. Deprisa, duele mucho». El calor de su cuerpo me amolda a él, y me besa a lo largo del hombro que tengo al descubierto, como tanto me gusta.

El mafioso más poderoso y despiadado de Chicago me posee, en cuerpo y alma, y yo a él.

La noche que me pidió que me casara con él me dijo que quería follarme para toda la vida, y bueno, está cumpliendo su promesa. Sus caderas empujan hacia delante y se mueven contra mí, y mi liberación se produce con fuerza y rapidez. Ahoga mis gritos con la boca y le doy todo lo que tengo.

Su magnífica polla libera hileras de esperma caliente, y en unos minutos estoy caminando por el pasillo con su pegajoso esperma mojándome los muslos, y sólo este pensamiento hace que me recorran múltiples réplicas por todo el cuerpo.

«Será mejor que nos demos prisa, **mo chroí**. Estoy impaciente por tenerte como Sra. Ward».

Me ayuda a ponerme el vestido y me pone presentable, recogiéndome unos mechones sueltos en el peinado, y yo le aliso la pajarita. Cerca de la puerta, me da un prolongado beso y luego me acompaña diez pisos más arriba hasta el lugar donde nos casaremos.

Luka me espera en la puerta con una gran sonrisa y empieza la música.

Las puertas se abren, cojo el brazo extendido de Luka y comienzo el viaje que cambiará el resto de mi vida para siempre. Una vida con el hombre que amo. Mi duro mafioso irlandés.

FINE

Agradecimientos

No se pierda los detalles más alocados y traviesos sobre la publicación de nuevos libros y mucho más..

¡Únase a la lista de correo!

subscribepage.com/veronicaes